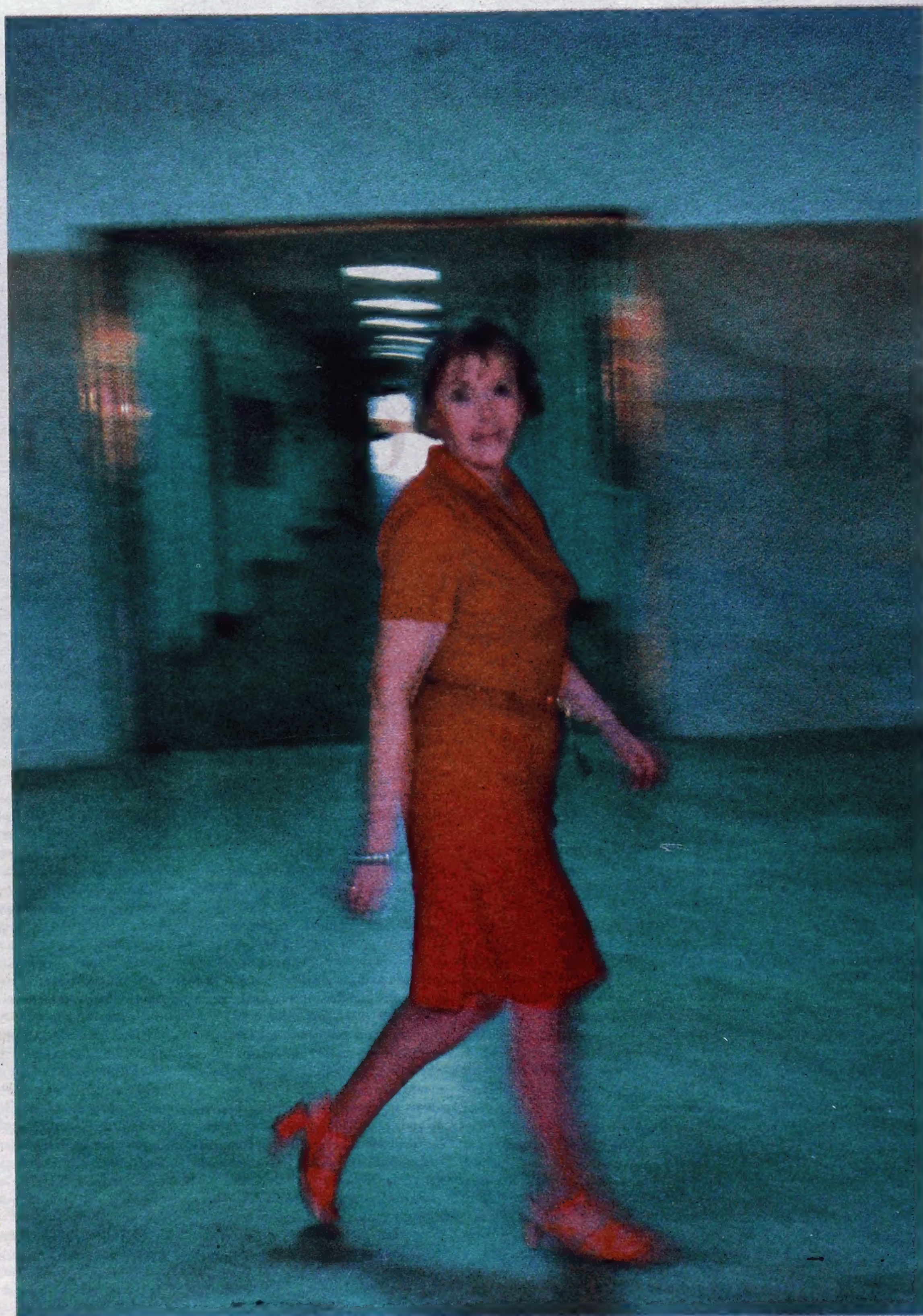
LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
1° DE MARZO 2002
AÑO 4 N° 203

Las minas de Gardel
Historia de la piel
Carnavales de antaño



la jueza

En su currículum podría anotarse que fue la primera en restituir menores apropiados durante la dictadura militar, que detuvo a Emilio Massera después del indulto o que está poniendo en jaque a los bancos con su investigación sobre fuga de capitales. Sin embargo, María Romilda Servini de Cubría nunca pudo despegarse del escándalo del Yomagate y de esa imagen de jueza adicta al Ejecutivo que caracterizó la década menemista. Esto es lo que ella tiene para decir al respecto.

Todo sobre Servini

POR MARTA DILLON

Cien metros de pasillo de mármol, lustrado y desierto, y un policía de uniforme sin mucho que hacer a las tres de la tarde en el tercer piso del edificio de Comodoro Py 2002. Alguien ya anunció la necesidad de esperar y el silencio tienta a uno de los dos custodios que habitan ese pasillo desde la mañana temprano. Cede el asiento, pide fuego, se queja: "Estamos acá por lo de los comisarios detenidos, están declarando, no sé cuánto más van a tardar". Y se calla, hay cosas de las que es mejor no hablar con desconocidos, mucho menos cuando la puerta del juzgado federal Nº 1 se abre y aparece ella haciendo un ademán. Vestido rojo y entallado, brushing obligado en su melena corta, la jueza María Romilda Servini de Cubría no se anda con vueltas: "Vení, nena, pasá, que no tengo mucho tiempo", dice y pone un límite, "la cámara no, me pone nerviosa". Sigue un taconeo enérgico por otro pasillo hasta su pequeño despacho, una orden para que se cambie el agua de un florero cargado de rosas blancas y una manera poco sutil de desplomarse en un sillón. "Preguntame, vamos, a ver qué querías saber." No hay tiempo para frases corteses, de haber podido colar una respuesta a su imperativo hubiera sido "todo", pero ella enseguida se adelanta:

–Nací en San Nicolás, me recibí de maestra en un colegio normal y vengo a Buenos Aires a estudiar Derecho. Siempre quise ser abogada, el estudio de mi papá estaba en la esquina de casa, así que desde chica jugaba con mi hermano a que éramos abogados, nací con eso adentro.

Cumplió su deseo, aunque la vida no es lineal como se la imagina en la infancia. En realidad el viaje a Buenos Aires se precipitó después de haber salido electa reina de la primavera en el último año de la Normal. Mamá Romilda quería ponerla a salvo de las fantasías de los vecinos.

–Era tremenda, muy severa. Ahora acaba de cumplir 93 años y está lúcida como siempre. En aquella época se instaló con mi hermano y conmigo en un departamento en la calle Santa Fe y nos acompañó siempre. Pero yo me casé antes de recibirme, a los 21. Tuve a mi hijo mayor, estuve en el extranjero dos años porque mi marido era agregado ayudante en la embajada de Brasil, y cuando volví, en el '63, con un chico de casi cuatro años, decidí terminar las materias de escribanía que era lo primero de lo que me podía recibir y me conformé con eso.

Los hechos de la vida de la jueza que nunca podrá borrar del todo el estigma de haber sido burú burú budía se suceden rápidamente en su relato. El tiempo es tirano, ya se sabe, y aun ella, que confiesa no tener límites, desea volver a casa alguna vez. No es tarea fácil. La causa sobre la masacre del 20 de diciembre y la que investiga la fuga de capitales y el vaciamiento del sistema bancario en nuestro país le quitaron las noches de verano. Una vez más, durante los últimos dos meses, volvió a la tapa de los diarios y revistas y hasta en los noticieros centrales hubo tiempo para dedicarse a su pasado, su presente y su peinado. Es que la jueza que a principios de los '90 fue el emblema de una Justicia adicta al gobierno de turno parece haber quedado cristalizada en esa imagen. Y cada paso que dio desde entonces fue medido con la vara de su actuación en el Yomagate, aquella causa que inició en España el juez Baltasar Garzón y que implicó a más de un funcionario del menemismo en el lavado de dinero del narcotráfico. Todo lo que hizo después fue evaluado como intentos sucesivos de limpiar su propia imagen. Pero para esto no parece haber jabón que lave más blanco.

–Ejercí la escribanía en el año '66, adscripta en una jurisdicción de provincia. Viajaba tres veces por semana, salía a las seis de la mañana y volvía a las once de la noche. Era sacrificado, pero fue la época en que más plata gané. Hice todos los placares de mi casa y hasta me compré un departamento en la calle Arenales.

Se recibió de abogada después de haber tenido a su segundo hijo y porque su hermano, seis años menor, la había alcanzado en la cantidad de materias rendidas. Era su chance de encontrar un compañero de estudios metódico y exigente, no la iba a dejar pasar.

–En cuanto tuve la oportunidad, entré en la carrera judicial. La escribanía era muy sacrificada, preferí ganar menos y tener un sueldo fijo pero no abandonar a los chicos de la mañana a la noche. Fui la primera mujer que entró en la justicia penal, como defensora. Eran siete hombres y yo, todos muy buenos compañeros. Fui la que más iba a la cárcel y los presos siempre tenían un regalito para hacerme, una medallita con mi nombre, alguna artesanía. La mía era sangre joven y entusiasta.

Dos años después, en 1975, fue nombrada jueza de menores. En ese cargo estuvo durante nueve años, mientras su marido, el entonces brigadier Tomás Cubría, empezaba a pensar en el retiro.

–¿Tú me preguntas qué problemas tuve yo con la dictadura? Ninguno. Te voy a explicar por qué: porque mi marido era una persona que llegaba a casa y no comentaba nada de su trabajo. Y yo llegaba a casa y no comentaba nada del mío. Y al poco tiempo, por no estar de acuerdo con algunas cosas, fue pasado a retiro. Nunca tuvo un destino operativo ni ninguno que tuviera que ver con esas cosas.

–Pero sabían lo que sucedía.

–No, no todo el mundo sabía. Y ahora lo veo mejor en la investigación por la apropiación de chicos en la dictadura. Se manejaban celularmente, no por jerarquías.

–Sin embargo, estando en la Justicia habría escuchado, recibido hábeas corpus.

–Sí, y se tramitaban como era debido. Y por eso los dos primeros chicos restituidos fueron en mi juzgado, Emiliano Hueravillo en 1977, y Cecilia Méndez en 1976. Fui la única jueza que atendió a las Abuelas de Plaza de Mayo en plena dictadura y ellas mismas pueden decirlo, tenían una lista y fuimos buscando. Era lo que correspondía que hiciera.

Con la corta correa de su cartera bien aferrada bajo su axila, sacando el pecho enmarcado por el escote rojo y echando la barbilla hacia atrás como quien está a punto de dar un tarascón, apoya la otra mano sobre el marco de la puerta y dice: "¿Sabés lo que pasa? Que yo soy inmanejable, a mí nadie me puede manejar". Después cruza de nuevo el pasillo con su taconeo casi empujando al chofer que la llevará a un destino del que no habla. Volverá, pide que la esperen, porque "alguna vez tengo que contar toda mi verdad". Antes había nombrado en estricto off the record a los instigadores de una monumental conspiración en su contra que la dejó pegada para siempre a los vericuetos del Yomagate.



BERNARDINO AVILA

Yo tengo una sola cara, jamás inventé una causa para extorsionar a nadie. Siempre estuve presionada, amenazada y sin embargo seguí trabajando. Lo que observo ahora es lo que dice el refrán: siéntate y verás pasar el cadáver de tu enemigo

–Ojalá me tocara esa causa ahora, porque a mí no me vuelve a pasar. Me pasó, primero, porque entré en un juzgado machista, que quería otro juez. Es más, los empleados ya comían con ese juez, el doctor Whesler. Y entró una mujer y para ellos fue un shock. Nunca me imaginé que me iban a mover el piso como me lo movieron. A mí me traicionaron. Hoy en día no volveríaa cometer las mismas desprolijidades procesales, porque lo cierto es que no hay una sola nulidad en esa causa. De cinco allanamientos a casas vacías que ordenó (el juez Baltasar) Garzón, yo hice trece y gracias a eso llegué a la casa de Anello y de ahí a Mario Caserta. Me acusaron de no haber escrito la orden de esos allanamientos ¡pero yo estaba presente! Mi secretario es quien tendría que haber sido tremendamente prolijo y no lo fue. Me dejé estar en la parte formal y por eso recibí sanciones.

–¿Quiere decir que fue víctima de una conspiración de empleados judiciales?

–Primero fue de los empleados, pero fueron incentivados políticamente. Y la prueba está en que muchos fueron premiados con puestos por encima de mí, como mi secretario (Esteban Canevari) que ahora es secretario de la Corte. A mí me imputa un periodista porque no detuve a Amira Yoma. Y a Amira Yoma la procesé yo, un 27 o 29 de julio de 1991. Y el 2 de agosto me sacan la causa. Si la hubiera detenido tendría un procesamiento por privación ilegítima de la libertad, porque según la ley de lavado de dinero de entonces y al ser ella partícipe y no organizadora, no había razones suficientes para su detención. Tendría que haber corregido cuestiones de forma, porque yo siempre le di más importancia al fondo que a la forma, y en Derecho es al revés. Hay diferencia entre la verdad histórica y la jurídica y eso la gente no lo entiende y muchas veces los periodistas tampoco. Pero vuelvo a insistir, yo procesé a Amira Yoma, después Amelia Berraz de Vidal le dicta la preventiva, y Bonifati, finalmente, la sobreseyó. Yo detuve a Mario Caserta y la Cámara, que no es la de ahora, lo dejó libre.

–También se la acusó de no haber cumplido con la orden de detención sobre esas personas y otras, ligadas al gobierno de entonces, pedida por Garzón.

–¡Si Garzón no había pedido la detención en Argentina! A mí me llega un telegrama de Interpol pidiendo por unas personas que ni siquiera estaban bien identificadas. Y como conozco cómo pedía Garzón las detenciones, porque ya había recibido uno, mandé un exhorto a España que se contestó seis meses después y al que tuve acceso recién en el '94. Yo tuve que grabar una conversación con Garzón porque era la única prueba con que contaba para demostrar que la detención de Amira no se había pedido. Y no me arrepiento de nada, aunque nunca más volví a grabar una conversación clandestinamente. Y es más, también me acusaron de haber ido a ver al presidente Menem, ¡soy jueza electoral y veo a muchos políticos, incluso al presidente! A mí no me dejaron trabajar, porque si no tal vez hubiera llegado más lejos.

–¿Usted piensa que Carlos Menem firmó el acuerdo para que ocupara el juzgado federal porque creía que sería fácil de manejar?

–No lo creo, me acuerdo que (César) Arias no quería firmar el acuerdo, yo no era su candidata.

–¿Era la candidata de quién?

–No, no podría explicarte cómo sale, fue una cosa especial. Lo que sí sé es que no me tenían confianza. Yo fui independiente durante el menemismo, soy jueza electoral y ya entonces tuve que fallar en la interna del justicialismo. No voy a decir que fallé en contra de Menem, pero es seguro que no lo beneficié.

–Se dice que ese fallo fue un intento por despegarse justo cuando Menem se alejaba del poder.

–Yo tengo una sola cara, jamás inventé una causa para extorsionar a nadie. Siempre estuve presionada, amenazada y sin embargo seguí trabajando. Lo único que puedo decir, lo que observo ahora, es lo que dice el refrán: siéntate y verás pasar el cadáver de tu enemigo. Muchos de los que me han tirado cuando estaban en problemas y que se veían tan fuertes ahora están destruidos. Yo a lo mejor la pasé peor que ellos y no un año, sino muchos. Pero vengo de una familia de abogados y siempre creí en la Justicia. Y sigo creyendo.

Le dicen Chuchi casi desde la cuna, para diferenciarla de su madre, también María Romilda. Aunque en algún otro momento también la llamaron desequilibrada, o burú burú budía, el recurso que se usó en la apertura del ciclo 1992 del mítico programa de Tato Bores. "Es así, las mujeres siempre estamos desequilibradas, o menopáusicas o histéricas. Pero podés preguntarles a mis choferes, es muy difícil que me saque." Sin embargo, en algún momento lo que ella vivió como un acoso de la prensa pudo con su ánimo. Y le costó caro. Que el recurso de amparo que interpuso para evitar que se la mencione en el ciclo de Tato terminara en un caso de censura previa, en plena democracia, es una mancha también indeleble.

–Pero yo lo tengo todo estudiado. Y tuvo que ver con el hecho de que me cayera la causa de Gaith Pharaon. Había muchos intereses para que no cayera en mi juzgado, evidentemente yo no la tenía que tener. Pero gracias a esa causa pude avanzar todo lo que avancé en relación al Banco General de Negocios (*N. de R.*: acusa a los responsables de ese banco de haber diseñado una ruta ficticia para transferir depósitos millonarios al exterior). A mí Tato Bores me gustaba mucho, incluso había soportado durante todo un año que me ridiculizara de maneras que no condecían con mi condición de mujer y de jueza, haciendo striptease en mi despacho, fumando hachís en pipa. Pero bueno... al año siguiente, los últimos días de abril, después de allanar el BCCI y el Hyatt (propiedades de Pharaon), encuentro una dirección en París que sería su cuartel central, mando un exhorto para allanar en Francia pensando que no me iban a llevar el apunte y me dicen que sí, que espere un mes porque también el FBI había hecho el mismo pedido. La cuestión es que justo cuando vuelve la comitiva de Francia, contentísimos con el resultado, un viernes a la una y cuarto de la tarde me llama alguien a quien consideraba mi amigo para decirme que otra vez iba a aparecer haciendo striptease en el programa de Tato interpretada por Libertad Leblanc. Y no, no me causó gracia. Tenía un abogado enfrente que me ofrece hacer un amparo. Pero es evidente que el amparo ya estaba hecho, yo no tuve ni tiempo de mirarlo y el resultado es que me golpean a mí. Fue algo armado para que no siguiera adelante con la causa Pharaon, porque me acuerdo perfectamente la sorpresa que causó que después de ese domingo volviera a trabajar el lunes.

–Si lo de Tato fue armado, ¿quiénes habrían sido los implicados?

BERNARDINO AVILA



–No te olvides que entre la documentación que después traje estaba la carpeta de las relaciones de (Alberto) Kohan con Pharaon. Que no alcanzaron para procesarlo pero sí para imputarlo. Y después, cada vez que avanzábamos, cada vez que viajábamos para alguna diligencia, había operaciones de prensa. Lo tengo todo punteado. Me han manipuleado (sic) mucho. Yo no hablo de matriz mafiosa como Carrió, pero sí sé que hay intereses económicos y personas protegidas que se supone que no se puede tocar.

–¿Quiénes serían?

–No te lo puedo decir. Pero ahora mismo, hay un diario que me saca en tapa todos los días ridiculizándome. Un diario que evidentemente tiene conexiones con bancos porque la causa del BGN es muy importante.

–A mí me mintieron el 20 de diciembre. Quisieron engañarme, pasarme por encima. Me comuniqué temprano con los responsables y me dijeron que estaba todo bien, todo tranquilo. Aunque ya desde el día anterior me decían que venía gente del Gran Buenos Aires a causar problemas.

Esta mujer que dice no tener límites para el trabajo, que no confía ni en su sombra y que por eso tiene que estar en todo, revela su impotencia cuando habla de ese día.

–...Y resulta que cuando llego al despacho del juzgado me entero por la radio que están tirando los caballos encima de la gente. Entonces le dije a mi chofer, vamos a la Plaza a ver qué pasa. Dejo la cartera, el saco, y salimos. No iba como jueza, tanto que mi secretario me quería acompañar y dije que no. Llegamos, nos dejaron pasar porque mi chofer es policía, ni se dieron cuenta de que iba yo. Quería buscar un lugar para mirar que no fuera la Rosada, pero el Banco Nación y el Hipotecario estaban cerrados. Alguna vez he seguido manifestaciones desde las ventanas de la Rosada, pero no iba como jueza, te repito. Acá estaba de incógnito. Entonces me escondí detrás de las columnas de la Catedral y me pongo a observar y vi cómo trataban a la gente que estaba tranquila y con la plaza desalojada. Entonces salgo, no me pude contener ¿me comprendés? No me pude contener, salí como en cualquier situación en la que viera algo irregular, aunque estuviera en medio de un tiroteo, yo salgo.

Se la vio después frente a la comisaría segunda, ordenando la libertad de algunos detenidos, entre ellos el defensor adjunto de la Ciudad. Su peinado siempre tieso se fue desmejorando con el correr de las horas y al día siguiente, como pocas veces, obvió el brushing. "Es que tengo el pelo ondulado, el arreglo depende de la humedad y del tiempo que tenga." Y ese detalle fue advertido y señalado por los noticieros centrales en esos días. Algo que logra arrancarle una sonrisa fugaz. Ese no es su gesto favorito. Al menos no cuando está en funciones.

–En esas horas sentí impotencia, rabia, desilusión, ver tanta destrucción, asistir a la disolución de una institución... Yo te diría, querida...

Se interrumpe, no quiere opinar hasta que no escriba su evaluación en la causa, pero cuenta "anécdotas" que dan cuenta de la nostalgia de la dictadura que advirtió en los cuadros policiales.

–Si no hubiera puesto a mi personal a recorrer hospitales a ver cuántos heridos, cuántos muertos había, no sé adónde hubieran ido a parar esos muertos. No sé cuándo los familiares hubieran tenido los cuerpos. Porque tuvimos que salir nosotros, yo me enteré antes que los responsables que había muertos. Y por eso ordenamos las autopsias sumarísimas. No sabría lo que sé si me hubiera ido a mi casa.

En el arrebato se le pierden las eses, sobre todo cuando el plural corresponde a la muerte. Es una mujer instruida, sin dudas, pero el vocabulario se le rebela. Hay quien dice que es un vicio que puede ser contagioso. Es probable, al fin y al cabo Servini de Cubría ha trabajado siempre rodeada de personajes de esa misma fuerza que vio disolverse.

Su marido no trabaja hace años, "juega al tenis, lee mucho, va a misa". Ella en cambio no es católica practicante aunque es una cruz lo que preside su escritorio. A la izquierda una colección de búhos de distintos tamaños que colecciona y le regalan. Su sueño es tener un estudio con sus hijos y sus nueras, casi todos abogados. Pero no se ve jubilada, seguirá trabajando mientras la salud "me lo permita". Dice que el corralito la afectó porque "es una pena, no puedo gastar, uno ve una oportunidad, una remera barata, un par de sandalias y no se las puede comprar porque ni la tarjeta te aceptan". Y asume sus contradicciones porque, "si no cambiás de opinión, en estos tiempos, estás muerto". Tanto es así que ahora está en contra de su propia tesis, la que escribió para conseguir el título de doctora en leyes en 1982. "Antes pensaba que la querella no tenía sentido, ahora sé que si sos damnificado o denunciante tenés que seguir de cerca la investigación porque siempre hay muchos intereses en juego." Es difícil que pierda su gesto adusto, y por las dudas, cierra la boca –en la que es fácil advertir una ahora antigua inyección de colágeno– con firmeza cuando le sacan fotos. Pero se emociona y se seca un par de lagrimitas con el dorso de la mano cuando recuerda los casos de restitución de chicos apropiados durante la última dictadura militar.

–El día en que estuvo acá la abuela Cecilia Viñas fue muy duro, me dolió tanto cuando el chico entró tan armado, vio a la abuela, le estiró la mano y le dijo "cómo le va, señora", se me caían las lágrimas, porque yo también soy abuela. Te juro que esa noche todos los que estábamos acá quedamos destruidos, es muy, muy emocionante. Y después, cuando Mariana (Pérez Rojo) se encontró con su hermano y charlaban, fue una alegría. Porque el caso de ese chico empecé a investigarlo en la dictadura, cuando estaba en Menores. Yo no puedo entender por qué la gente no valora su identidad, por qué no quieren saberlo. No entiendo por qué no pueden vivir con el que los crió si quieren y tener su verdadera identidad, su verdadera abuela, ese tío, ese hermano que los buscó tanto tiempo. Tengo muchos casos más y voy a seguir investigando.

> Si no hubiera puesto a mi personal a recorrer hospitales a ver cuántos heridos, cuántos muertos había, no sé adónde hubieran ido a parar esos muertos. No sé cuándo los familiares hubieran tenido los cuerpos.

Esa, dice, es su verdadera cara, la que vieron las abuelas en 1976 cuando fueron recibidas después de muchos portazos. "Y ya, a esta altura, después de ver morir a mi padre en 1993 por los disgustos pasados, ya no me importa lo que diga la prensa." No le tiene miedo a nada, asegura, mucho menos a envejecer, "es parte de la vida y la muerte llega según tu destino". Aunque cuando se detiene un instante desnuda un temor que le enseñó la experiencia: "Tal vez a lo que más les temo es a las injusticias. A las camas que te puedan hacer".

FOTO DE TAPA: BERNARDINO AVILA.

POLITICA

Rtte.: desconocido

POR SOLEDAD VALLEJOS

Alguien dijo alguna vez que en el Holocausto no murieron seis millones de judíos: primero asesinaron a uno, y luego repitieron ese asesinato seis millones de veces. Entonces, no es que un país esté en crisis, que esté quebrado, que sea una 'bomba de tiempo' con los cables cruzados y todos del mismo color: están arruinando la vida de mi madre, también la de mi padre, y eso lo están repitiendo 30 millones de veces. Me niegan un futuro, y a la vez lo están negando a otros 30 millones de personas." Algo así escribí días atrás, cuando descubrí que el Senado de la Nación tenía página de Internet (recomiendo ver los proyectos ingresados) e incluía direcciones de correo electrónico para enviar cartas a los senadores. Era domingo, y mientras lavaba algo de ropa no podía dejar de pensar en las palabras de Alfonsín, las del jueves a la noche en la sesión, esas de que los que escrachan y hacen asambleas deberían "autolimitarse", que es fascista ese afán asambleísta, que la democracia participativa es buena, claro, pero que mejor es la representativa porque había representantes como él. Era domingo, decía, y mientras me acordaba de eso encontré la página del Senado. Entonces escribí una carta, tal vez demasiado extensa, seguramente demasiado aburrida. La firmé, incluí documento, y la envié: raul.alfonsin@senado.gov.ar. Alguien debería estudiar la relación entre el jabón en polvo y los sueños megalómanos. Sinceramente, pensé que alguien (una secretaria, un asesor, un suplente de verano) iba a leerla, tal vez, me dije, hasta Alfonsín mismo termine escuchando un párrafo, y entonces quizá por un momento lloraría, quizá por un segundo se daría cuenta de que tras palabras impolutas como estallido, crisis, indigencia, pobreza, corralito, índices macroeconómicos, había personas. "Cuando yo nací, en 1974, las cartas prácticamente estaban echadas para determinar que hoy, 2002, las cosas sean como son", le contaba. El caso de mis padres, seguía, "es más parecido al suyo: cuando ellos nacieron, 1947, la movilidad social empezaba a existir y fortalecerse. Tanto mi madre como mi padre provienen de hogares de clase baja, tremendamente trabajador el de ella, descorazonado hasta más no poder el de él; lograron estudiar, son profesionales. En algún momento tuvieron esperanzas. Hasta no hace mucho, cuando las señales del derrumbe empezaban a ser evidentes, todavía las tenían. Hoy, ahora, no." Unas líneas más abajo, mi carta decía algo de un crédito hipotecario que la aplicación del CER tornará impagable, de una persona a quien no se le irá el honor ni el buen nombre por el incumplimiento sino la vida. "He escuchado hasta el hartazgo casos similares, casi tantos como los de personas dispuestas a incendiar sus casas por el mismo motivo." Me preguntaba si nuestros representantes podrán dormir tranquilos tras una ola de suicidios, o de incendios, y seguía exponiendo otro caso de mi familia. Releyéndola ahora, claro, resulta obvio que es la típica escena de la clase media naciendo y cayendo en picada. Nada novedoso ni enternecedor, vamos, sólo un caso más de la estadística que no iba a mosquear a un representante popular.

"Sólo me queda mi caso personal, y es más bien breve", seguí. "Tengo 27 años, un trabajo, y una carrera universitaria a medio hacer, en parte por falta de tiempo (trabajar lleva horas), y en parte por cansancio (trabajar cansa). Mi trabajo, se supone, es calificado, pero mis ingresos no me alcanzan para mantenerme. Mi padre debe completar lo que resta para pagar mi alquiler y algunas cuentas de servicios. Todavía no sé si quedarme en Argentina. Hay que luchar, me dicen algunos. Eso me llevaría un tiempo, quizá los años que siempre pensé destinar a establecerme, quizá tener una familia, quizá avanzar en mi profesión, tal vez ser feliz. Y sospecho que la lucha no tomaría dos, tres años." Me doy cuenta ahora de ciertas omisiones significativas: de mis amigos, piensa quedarse en el país uno solo, y eso hasta que consiga el dinero para pagar algún pasaje no sabe a dónde. No soy quién para evaluar a nadie, pero en general se trata de personas con calificaciones profesionales, o a punto de obtener un grado universitario. Son, digamos, lo que los diarios de fin de semana calificaron como *emigrantes calificados.* Otra vez una escena típica, de chicos que vienen de familias también típicas. Pero entonces me acordé de otras estadísticas, las que hablan de un país con un 53 por ciento de jóvenes bajo la línea de pobreza. Más de la mitad de los jóvenes de la Argentina, repetí en voz alta para no olvidarlo, son pobres. No tienen para comer. Difícilmente puedan escolarizarse. Hace un año, uno de esos chicos no supo qué responder cuando una compañera de la redacción (enviada a Mosconi para cubrir un estallido social) le preguntó qué quería ser cuando fuera grande. No cabían en su cabeza ninguna de esas ideas: largo plazo, deseo y posibilidad, un futuro. Ese niño, dónde estará hoy, se quedó en silencio.

Con la nueva estatización de una deuda privada, la devaluación, y toda esa serie de medidas que valen hoy pero quién sabe mañana, seguía mi carta, se está hipotecando nuevamente el futuro. Estas escenas no se repetirán: se perpetuarán y perfeccionarán. En el caso de que yo tuviera hijos, seguramente ellos sentirían en algún momento de sus vidas una angustia como la que puede respirarse ahora. Es la única certeza a largo plazo que puedo tener ahora, cuando la migración es indudablemente masiva y las asambleas barriales parecieran replegarse sin saber qué hacer. Claro que entiendo la indignación de un jubilado que pasa hambre, de un ahorrista desocupado, de alguien de 50 años que debe trabajar más de la cuenta para poder llegar a la tercera semana del mes, la desesperación de alguien que se suicida por todo esto. Pero, hasta ahora, sólo escuché lamentos por esas vidas: nadie, pero nadie, dice nada sobre los jóvenes que deberían estar ingresando al mercado laboral, o llevar una vida universitaria pero no pueden, ni saben si podrán; ni de otros más jóvenes aún, que ven llorar a sus padres e intuyen que es por su futuro. Nadie habla de la frustración que se siente. Del fracaso que eso hará sentir en 20, 30 años.

Todo eso decía en mi carta. Agradecía el tiempo dedicado a leerla, me guardaba para mí la ilusión de que alguien la contestara. Pero entonces la recibí de vuelta: esa casilla de correo no existe.

RAMOS GENERALES

Ingrid necesita ayuda

Al cierre de esta edición, todavía no había grandes novedades sobre Ingrid Betancourt, la candidata presidencial colombiana secuestrada el último sábado por las FARC mientras (como representante del partido independiente Oxígeno Verde) visitaba una región sacudida por violaciones a los derechos humanos. Para una etapa de esa visita, Ingrid había solicitado al presidente Andrés Pastrana que le prestase un helicóptero del gobierno para transportarla hasta un poblado en plena zona crítica. Pastrana se lo negó. Sin embargo, tras que ella fuera secuestrada, el mismo presidente ofreció su "apoyo incondicional" para lograr su liberación, y acusó a la guerrilla de "estar secuestrando a la democracia". Los padres de Ingrid, Gabriel Betancourt y Yolanda Polecio, informaron que Pastrana tenía, en el momento del encuentro con Ingrid, cuatro helicópteros a su disposición, y que "si el Presidente hubiera ofrecido su ayuda con anterioridad, este secuestro podía haberse evitado". Al día siguiente al secuestro, los padres de Ingrid rogaron a Pastrana que limitara la intervención militar porque eso podría poner en peligro la vida de su hija. Sin embargo, hasta el momento, ni los representantes de la guerrilla ni el gobierno han tenido ningún tipo de comunicación con su esposo ni su familia, a pesar de que el caso ha recibido, incluso, atención de parte del secretario general de la ONU, el departamento de Estado de EE.UU. y la Unión Europea. Por ello, su familia y sus amigos están organizando una campaña internacional. Todos los mensajes de solidaridad y apoyo que lleguen a ingridporlapaz@hotmail.com serán reenviados al gobierno colombiano, como muestra de solidaridad internacional.

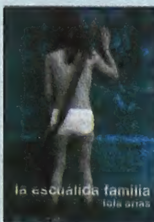
Cara y ceca

La semana pasada, en esta columna informamos sobre el caso de Carmen G., la pampeana a quien tanto el servicio de tocoginecología del hospital L. Molas como la Justicia negaron una ligadura de trompas. Carmen G. la había solicitado en su noveno embarazo, recientemente enterada de que la enfermedad que padecía uno de sus hijos era transmitida genéticamente, e incurable. En estos días, desde La Pampa nos llegó un e-mail con novedades. "Un grupo de mujeres, convocadas desde el Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de la Universidad Nacional de La Pampa, nos estamos reuniendo para encontrar solución a este problema en particular, y presentar una ley provincial. El niño de Carmen G. ya nació, hace aproximadamente un mes. Aún no se sabe si tiene la enfermedad. Desde el grupo sabemos que la ligadura debió hacerse en el hospital público", que incurrió en abandono de persona al negar la intervención. "Carmen no tiene obra social y depende de él para su atención y la de sus hijos."

Por otra parte, esta semana una chica internada en un hogar de madres solteras de La Plata obtuvo la autorización judicial, insistencia mediante (el primer juez en atender el pedido planteó: "Lo que se debe hacer con estas chicas tan jóvenes es apuntar a su educación sexual. Si permitimos la utilización de estos elementos agresivos para el cuerpo, ¿para qué las internamos en institutos especializados?"), para usar un DIU. El fallo, hay que decirlo, es inédito: basado en el derecho a la planificación familiar, la Cámara de Apelaciones resolvió que la decisión de la adolescente, a pesar de su minoría de edad, es estrictamente personal, por lo que el Estado no tiene motivos para interferir en ella. Ella ya es madre: ingresó en el Instituto Materno Infantil Casagrande dos años atrás, cuando quedó embarazada de una pareja que la obligaba a vender drogas y denunció ser violada por su padrastro.

LIBRERÍA

Reinos domésticos



La escuálida familia es el título de la obra teatral que Lola Arias estrenó en octubre del año pasado en el C.C.R. Rojas, pero también es uno de los nuevos títulos que forman parte de la Colección Libros del Rojas. Una noche cualquiera, dos niñas salen de caza y regresan con un huerfanito. Levemente idiota, levemente salvaje, el huérfano rompe el reino en miniatura. "El patriarcado, donde la ley es del padre y su heredero varón, se demuele" ante su llegada, resume la contratapa. Prologado por el reputadísimo Alejandro Tantanián, el volumen, además de presentar el texto teatral, incluye dos apéndices: "Cuatro poemas de *Las impúdicas en el paraíso*", y "Sobre Lola Arias y *La escuálida familia*", por Jorge Dubatti.

SEÑORAS Y SEÑORAS

El regreso de las masonas



A casi 20 años de haber emprendido la reconstrucción de las logias (habían sido declaradas ilegales por Franco), la masonería, más específicamente la femenina, está haciendo todos sus esfuerzos por extenderse a más regiones de España, y, llegado el momento, crear la gran logia nacional, "Obediencia Femenina Española". La idea, declaran, es recuperar la impronta que supieron tener grandes nombres de sus logias, como Concepción Arenal (que, a principios del siglo XX, consiguió asistir a la universidad a costa de disfrazarse de hombre), y Emilia Pardo Bazán (una de las primeras profesoras universitarias, durante años blanco de abucheos de alumnado y profesores).

ENTREVISTA

TORO AL SUR



POR SONIA SANTORO

Hablar con Amalia Toro no es fácil. "¿Me llamás en media hora? Hace 15 minutos que tengo a un interno esperando" o "hablemos en dos horas, tengo una reunión con la Pastoral Penitenciaria", contestará una y otra vez ante la insistencia. No es que tenga mala predisposición, al contrario, es tal vez su habilidad política o diplomática la que la ha llevado donde está. ¿Qué es lo más importante que ha conseguido? Ser la primera mujer argentina que dirige una cárcel de máxima seguridad para hombres: en enero, asumió la Dirección de la Prisión Regional del Sur, ubicada en la ciudad de Neuquén. Desde allí mantuvo este diálogo con **Las/12**.

–¿Por qué cree que está hoy en ese lugar?

–Se dieron muchas circunstancias. El hecho de que yo haya enviudado y siga trabajando. Mis compañeras de promoción se retiraron, porque ya que cuando sus hijos eran chiquitos no pudieron estar mucho con ellos, cada una decidió por lo menos cuando eran adolescentes, empezaban la facultad o el secundario, acompañarlos. Aparte de todo, a mí este trabajo me apasiona. He demostrado que soy trabajadora, conozco lo que tengo que hacer y creo que soy respetada por mis iguales en el medio.

Toro tiene 51 años y 28 en el Servicio Penitenciario Federal. Fue directora de la Unidad 13 de Santa Rosa, La Pampa, y la Unidad 3 de Ezeiza, dos cárceles de mujeres. Además de desempeñarse en distintos cargos en las cárceles de Devoto y Caseros. Madre de tres hijos y abuela de tres nietos, esta mujer, que hizo cosas tan disímiles como querer ser maestra, estudiar abogacía y trabajar en un atelier de diseño de telas, entró al Servicio Penitenciario "como podría haber entrado en un banco, para poder pagarme los estudios de abogacía" y lleva más de la mitad de su vida adentro. Su primer paso lo dio a los 21 años, en la Dirección Nacional de Administración –ubicada en Paso 550– haciendo "rendición de cuentas".

–¿Cuál fue la primera impresión que le produjo trabajar ahí?

–Yo venía de un ámbito totalmente civil y había muchas normas que me costaron internalizar. Por ejemplo, que tenías que venir con uniforme, el tratar de usted a tus superiores como una modalidad de rutina...

–¿Alguna vez tuvo un momento de rebeldía hacia la institución?

–No. Pero en algún momento sí me pregunté si esto sería realmente para mí. Yo cuestionaba algunas normas de disciplina porque venía de un ámbito que no tenía ningún tipo de normas. Donde yo trabajaba estaba el dueño del taller, que para nosotros era el maestro, y él cebaba mate y venía a mirar a cada tablero nuestro qué es lo que estábamos haciendo, te daba una indicación, no tenías horario, te llevabas el trabajo a tu casa y cuando lo terminabas lo traías... Entonces, fue un cambio bastante importante.

Tal vez el único atisbo de cuestionamiento se mantiene hoy en su vestir. Los directores son los únicos que, reglamentariamente, pueden evitar el uso de uniforme y ella aprovecha esta deferencia. Pero es también por una cuestión de salud: el uniforme típico de fajina, de color gris, lleva pesados y cerrados borceguíes que para las várices femeninas son lo peor, dice. La Unidad 9 está a seis cuadras del centro de la ciudad de Neuquén y aloja a unos 220 internos en celdas individuales. Fue fundada en 1904 y es una de las tres cárceles de máxima seguridad de la Argentina donde los presos tienen un perfil criminológico "difícil", por el monto de la condena y el tipo de delito cometido: homicidios, homicidios en ocasión de robo, delitos violentos. En 1916, fue tristemente conocida por la fuga de decenas de presos, la mayoría de los cuales fueron masacrados en la Patagonia. Y, desde entonces, ha sido escenario de numerosos motines.

–¿Cómo fue la primera vez que estuvo frente a un preso?

–Fue una mujer, en la cárcel de mujeres que funcionaba en ese momento en San Telmo. Fue tener miedo... quizá como le puede pasar a cualquier civil que entra por primera vez a la cárcel. Vas con intranquilidad más que con temor. Estábamos haciendo prácticas y teníamos que entrevistar a las internas o participábamos de una entrevista que hacía algún jefe como para ir perdiendo ese temor y que nos diéramos cuenta de que todos somos personas como cualquier otra. Alguno habrá cometido un error, todos los cometemos en mayor o menor medida.

–En 1989 estuvo en un motín en la cárcel de Ezeiza que duró un día y medio, ¿en situaciones críticas se complica recordar eso?

–No, yo pienso que cuando lo tenés bien internalizado y sabés bien lo que tenés que hacer, no. Hay cosas que nunca nunca nunca nos podemos dar el lujo de olvidar y menos dejar de lado. Somos todas personas con roles distintos pero como seres humanos. Ese día para mí fue terrible. Lo que te-

Cuando entró al servicio penitenciario lo hizo como quien entra a trabajar en un banco para costear sus estudios (entonces cursaba abogacía). Para cuando se jubile planea vender paquetes turísticos, pero mientras tanto Amalia Toro es la primera mujer argentina que dirige una cárcel de máxima seguridad para hombres: la Prisión Regional del Sur, ubicada en Neuquén.


FOTOS: GENTILEZA EL RÍO NEGRO.

mía era que la situación se descontrole y no tuviera un final feliz.

–¿Le habían enseñado cómo actuar en esos casos?

–Sí, constantemente te están preparando. En ese momento las herramientas de la mediación no eran muy conocidas, lo que usábamos era lo que se llama el "diálogo de convencimiento", que es la misma técnica con otros tipos de prácticas.

–¿Las mujeres tienen alguna habilidad especial para esto?

–Quizás el género nos da una habilidad especial para el diálogo y para llegar a un acuerdo cuando las cosas son difíciles. Porque lo practicamos continuamente al ser mamás, donde una tiene que convencer a los hijos de hacer determinadas cosas que son las que a ellos les conviene.

–Entonces, ¿los presos son como sus hijos?

–Yo no diría tanto como mis hijos pero sí que continuamente uno está para que ellos aprendan otra forma de vida.

–¿Y se logra?

–En muchos casos se logra. Acá tenemos gente que ha estado en los motines de Sierra Chica, de Salta, el de Catamarca... y han pasado muchos años detenidos y ahora ellos mismos llegan a reflexionar que ya no quieren más estar presos y que tienen que cambiar sus vidas.

–Imagino que para una mujer entrar en una cárcel de hombres es como entrar en un vestuario. ¿Qué cosas cree que a ellos les llamó la atención?

–Que yo recorriera toda la unidad. Porque ellos pensaban que por ser mujer no iba a entrar ni a los pabellones ni a las celdas. Eso depende de la inquietud que tenga cada uno. A mí me gusta caminar el penal y ver por mí misma determinadas cosas –si está limpio, si no, si está ordenado, si hay luz o no–, antes que me lo cuenten.

–¿Y cómo le va con los hombres?

–Creo que nos entendemos.

–¿Nota alguna diferencia con las mujeres?

–La demanda es distinta. La mujer es mucho más demandante, es más quejosa, más exigente. La mujer reclama, reprocha. Con los hombres, en general, no se hace tan pesado.

–¿Qué suelen reclamar?

–Tener un trabajo permanente, asegurarse su matrícula para poder estudiar... porque eso los beneficia a ellos en cuanto a la calificación de la conducta y el concepto para que, al momento de que puedan acceder a una libertad condicional, sea positiva.

–¿Cómo se hace para dirigir una institución que para los que deben obedecer está desacreditada?

–No, no es tan así. El mayor problema para ellos es la salida a la calle. Hay internos que te dicen "yo no sé si voy a poder no delinquir".

–Cuando está frente a un preso, ¿tiene en mente qué tipo de delito cometió, hace algún tipo de distinción?

–No, si el interno no nos cuenta el delito no... O sea, se analiza el delito cuando deba analizarse en el Consejo Correccional, si no, no.

–¿Recuerda a algún interno en especial?

–Sí, Rosita, una mujer que estuvo en la Unidad 3 por un homicidio y vos la veías y pensabas que era una mujer incapaz de cometer un homicidio, porque tenía valores de verdad. Entonces, ahí te explicás que en determinados momentos hay cosas incontrolables y no pensás lo que hacés, aunque toda la vida estuviste en contra "de"... Rosita ahora está en libertad y es una mujer excepcional. Es de esas personas que jamás va a volver a cometer un delito, seguro eh, ningún tipo de delito.

–¿Está de acuerdo con los que dicen "aumentar las penas para reducir el delito"?

–Yo, personalmente, estoy en contra de pensar en la pena de muerte y en las penas sumamente largas. Porque a mí me parece que siempre tiene que haber un tiempo de evaluación para poder decir "esta persona cambió". Si no cambió porque a lo mejor hay una patología de base en cuanto a la formación, ponelo en la institución adecuada que lo trate. Porque, evidentemente, a algunas personalidades perversas no creo que la cárcel les vaya a servir del todo. Les va a servir en una parte, pero en la otra parte... que se muera en la cárcel no creo que sea la finalidad que la sociedad espera de la cárcel.

–¿Cuál es la finalidad?

–Que el que fue delincuente por no respetar las normas que la sociedad exige, tenga un castigo para que pueda aprender e internalizar normas de convivencia y pueda volver a la sociedad. Se supone que la cárcel los debe rehabilitar. Y si no los rehabilita y son reincidentes, bueno, veamos cuáles son las fallas.

Preguntarse qué hubiera pasado si Toro terminaba su carrera de abogacía o se dedicaba a la docencia, ya no tiene sentido. Ni ella se imagina su vida de otra manera. Lo que es simple de imaginar es que algo estaría haciendo. No es una mujer de quedarse quieta. Ahora, por ejemplo, mientras lee todo lo que llega a sus manos, está por retomar el pincel en una escuela de artes de Neuquén. Y estudia Licenciatura en Turismo para tener otra profesión cuando se retire, dentro de un par de años. "Mi idea es ponerme a trabajar en otra cosa porque ésta es una etapa casi cumplida", dice.

Así que dentro de unos años Toro habrá erradicado para siempre de su vida los borceguíes y estará vendiendo paquetes turísticos. No sabe si será una actividad más tranquila que la actual, los avatares económicos suelen ser bastante peligrosos. Pero está convencida de que posee lo que más cuenta al momento de emprender cualquier actividad: la pasión. La misma que la llevó hoy al puesto máximo en la historia penitenciaria del país.



JOLG

POR SOLEDAD VALLEJOS

Tiempo atrás, febrero era sinónimo de carnavales. Y los carnavales suponían disfraces, fantasías y calles llenas de serpentinas, más que murgas y alguna que otra bombita de agua. Los trajes se preparaban con una anticipación digna de gran gala, familias enteras pasaban días confeccionando disfraces para ganar el premio de algún concurso, y hasta supo haber un registro donde cada vecino se anotaba con nombre, apellido y disfraz, para evitar las malas artes de rateros oportunistas. Con el encanto de otra vida cotidiana y las fotos viejas, de eso habla la muestra *Aquellos carnavales...*, un recorrido por el Buenos Aires hechizado por las mascaritas que el Museo de la Ciudad propone en la sala 4 del Centro Cultural Recoleta hasta el 10 de marzo. Allí, entre imágenes de desconocidos con cara de vivir el gran día bajo kilos de telas y empastes, entre páginas de revistas desaparecidas y muestras de que los pomos, los auténticos pomos de Carnaval, eran de plomo, es posible hacerse una idea de lo que fue, alguna vez, Buenos Aires en esas fechas.

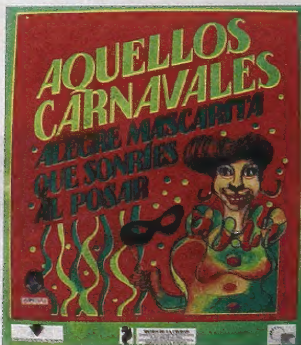
Oficialmente, la ciudad era una fiesta. Corrían los carnavales de algún año de la década del 80, esa época afrancesada y supuestamente seria hasta el aburrimiento. Pero entonces, decíamos, llegaba la época de Carnaval, los tres últimos días de festividades, para hablar con exactitud, y

En el Centro Cultural Recoleta se exhibe *Aquellos carnavales*, un recorrido nostálgico por febreros de otros tiempos más festivos, donde los pomos eran de plomo, las vírgenes se volvían audaces detrás de las mascaritas y, para evitar los abusos de los ladrones, había que llevar un permiso de disfraz autorizado por la municipalidad.

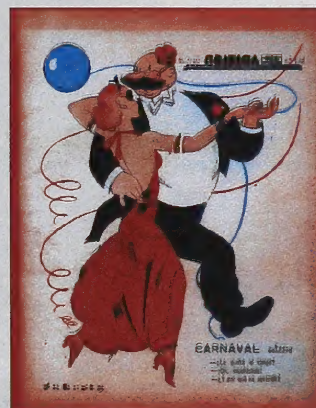
de repente sucedía: oficinas públicas, bancos, escuelas, todo eso cerraba sus puertas para dedicarse pura y exclusivamente al jolgorio de las mascaritas. "Los visitantes extranjeros quedaban sorprendidos por el aspecto festivo de las casas, calles y plazas. De noche había fuegos artificiales en las plazas y en las calles se instalaban bandas de música. Desde las ocho hasta las doce de la noche desfilaba en perfecto orden, por Florida, Victoria, Cangallo, Rivadavia y Piedad, un corso de carrozas que 'no se quedaba atrás del de Milán y de Roma'", asegura el libro *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros*. La tradición, recuerda en un texto de la muestra el arquitecto José María Peña, director del Museo, había comenzado en 1869, cuando "Los habitantes de la Luna", "Los tenorios" y "Salamanca" recorrieron el empedrado de la calle Victoria (Hipólito Yrigoyen, ahora) entre Buen Orden y Lorea (Bernardo de Irigoyen y Luis Sáenz Peña). Curiosamente o no, a la vuelta de la Calle del Pecado (una de las primeras zonas rojas de la ciudad), fue donde se oficializó esa costumbre que, por algunos días, hacía como que borraba diferencias sociales y barreras económicas. Porque el desenfreno carnavalesco, parece, no hacía demasiadas diferencias a la hora de deambular por las calles. "El juego de baldazos no reconocía edades ni sexo. Fue precisamente en el siglo XIX que, para anunciar el comienzo de los juegos se disparaba un cañonazo desde el fuerte. De esa manera se prevenía a los que no querían intervenir", se-







JOLGORIOS



POR SOLEDAD VALLEJOS

Tiempo atrás, febrero era sinónimo de carnavales. Y los carnavales suponían disfraces, fantasías y calles llenas de serpentinas, más que murgas y alguna que otra bombita de agua. Los trajes se preparaban con una anticipación digna de gran gala, familias enteras pasaban días confeccionando disfraces para ganar el premio de algún concurso, y hasta supo haber un registro donde cada vecino se anotaba con nombre, apellido y disfraz, para evitar las malas artes de rateros oportunistas. Con el encanto de otra vida cotidiana y las fotos viejas, de eso habla la muestra *Aquellos carnavales...*, un recorrido por el Buenos Aires hechizado por las mascaritas que el Museo de la Ciudad propone en la sala 4 del Centro Cultural Recoleta hasta el 10 de marzo. Allí, entre imágenes de desconocidos con cara de vivir el gran día bajo kilos de telas y empastes, entre páginas de revistas desaparecidas y muestras de que los pomos, los auténticos pomos de Carnaval, eran de plomo, es posible hacerse una idea de lo que fue, alguna vez, Buenos Aires en esas fechas.

Oficialmente, la ciudad era una fiesta. Corrían los carnavales de algún año de la década del 80, esa época afrancesada y supuestamente seria hasta el aburrimiento. Pero entonces, decíamos, llegaba la época de Carnaval, los tres últimos días de festividades, para hablar con exactitud, y de repente sucedía: oficinas públicas, bancos, escuelas, todo eso cerraba sus puertas para dedicarse pura y exclusivamente al jolgorio de las mascaritas. "Los visitantes extranjeros quedaban sorprendidos por el aspecto festivo de las casas, calles y plazas. De noche había fuegos artificiales en las plazas y en las calles se instalaban bandas de música. Desde las ocho hasta las doce de la noche desfilaba en perfecto orden, por Florida, Victoria, Cangallo, Rivadavia y Piedad, un corso de carrozas que 'no se quedaba atrás del de Milán y de Roma'", asegura el libro *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros*. La tradición, recuerda en un texto de la muestra el arquitecto José María Peña, director del Museo, había comenzado en 1869, cuando "Los habitantes de la Luna", "Los tenorios" y "Salamanca" recorrieron el empedrado de la calle Victoria (Hipólito Yrigoyen, ahora) entre Buen Orden y Lorea (Bernardo de Irigoyen y Luis Sáenz Peña). Curiosamente o no, a la vuelta de la Calle del Pecado (una de las primeras zonas rojas de la ciudad), fue donde se oficializó esa costumbre que, por algunos días, hacía como que borraba diferencias sociales y barreras económicas. Porque el desenfreno carnavalesco, parece, no hacía demasiadas diferencias a la hora de deambular por las calles. "El juego de baldazos no reconocía edades ni sexo. Fue precisamente en el siglo XIX que, para anunciar el comienzo de los juegos se disparaba un cañonazo desde el fuerte. De esa manera se prevenía a los que no querían intervenir", señala Peña. La víctima, digamos, tenía que considerarse afortunada si lo que recibía era un baldazo traicionero, porque perfectamente podía ser víctima de un huevo relleno: de gallina, pato o ñandú, el alimento devenido objeto contundente tenía tantas posibilidades de llevar dentro agua perfumada, o polvo de colores como ceniza. En cualquier caso, eso dolía. "Ningún hombre enemigo de las torpezas que él (el Carnaval) ocasiona, ninguna señora decente, ninguno que quiera ser expuesto a recibir un diluvio repentino, puede salir a la calle", señalaba el conservador *Diario de anuncios* al promediar el siglo XIX, quizá sin sospechar que en esa "misma chacota" capaz de entreverar a chicos de buena familia con "el último de los esclavos" se vería envuelto, 20 años después, el mismísimo presidente de la República. Peña recuerda, por ejemplo, el relato del francés Alfredo Ebelot que da cuenta de un Domingo Faustino Sarmiento de lo más entretenido mojando gente por ahí: "Sentado en una carretela vieja, que la humedad no pudiese ofender, abrigado con un poncho de vicuña, cubierta la cabeza con un sombrero chambergo, distribuía y recibía chorritos de agua" en 1870, apenas llegado de viaje. Y alguna relación debió haber entre la investidura presidencial y el Carnaval, porque también hay relatos de un verano, en Mar del Plata, que vio a Carlos Pellegrini convertido en víctima de un grupo de señoras: "En represalia por las mojaduras que el Presidente había llevado a cabo, lo alzaron y sumergieron en la fuente del Hotel Bristol". Años más tarde, vendrían los pomos de plomo con agua perfumada "Bellas porteñas", esos que en la muestra pueden verse con unas primorosas etiquetas verdes decoradas por querubines rodeados de flores, arrojándose agua.

En el Centro Cultural Recoleta se exhibe *Aquellos carnavales*, un recorrido nostálgico por febreros de otros tiempos más festivos, donde los pomos eran de plomo, las vírgenes se volvían audaces detrás de las mascaritas y, para evitar los abusos de los ladrones, había que llevar un permiso de disfraz autorizado por la municipalidad.

A los grandes bailes de máscaras, donde se llegaba tras haber presenciado algún corso, no iba cualquiera. Grupos enteros de amigas y amigos, como las mujeres retratadas en trajes de tréboles que pueden verse en la sala, se reunían con la suficiente anticipación como para decidir el disfraz en común, diseñarlo, y encargarlo a la modista. Y esa, generalmente, era prerrogativa de clases acomodadas. Una vez de noche, "en los salones de los clubes de tono", describe *Imagen...*, "las muchachas disfrazadas son las que se acercan a los caballeros, las que solicitan su compañía, las que sufren negativas, las que insisten". El viajero mexicano Federico Gamboa se quejaba, por entonces, del desenfado de esas muchachas, que tuteaban al desconocido "amparadas en la careta. Por desgracia, aquello no es sino una broma de Carnaval; los entusiasmos que origina tiene uno que olvidarlos horas después. No sé de ninguna otra ciudad del mundo en que se practique esta costumbre deliciosa".

En ocasiones, el hecho de que el disfraz no permitiera saber a ciencia cierta la identidad de la mascarita fue visto como un potencial peligro. Tanto fue así que, en la segunda mitad del siglo XIX, acota Peña, "la municipalidad obligó a tener 'permiso de disfraz'. Pero era por una razón clarísima: los ladrones aprovechaban el Carnaval para entrar en algunas casas y robar sin grandes riesgos. Por eso mismo, había determinados disfraces de conjunto que no estaban permitidos, como los de saltimbanquis y equilibristas. ¿Por qué? Porque iban por la calle, uno saltaba encima del otro, de otro, de otro, hasta que uno se metía directo en un balcón, entraban y robaban. Entonces, para inscribirse en ese registro, uno tenía que decir de qué iba a ir, y le daban una medallita de bronce que decía 'permiso oficial, corso tanto, año tanto'. Había que llevar eso".

Tal vez los disfraces más originales, las fotos de trajes más asombrosas sean las de los años 20 al 30. Más allá de los clásicos ejemplos de dama antigua, están, por ejemplo, los ya comentados tréboles, y otros imposibles de descifrar. Fantasías puras, como las que promocionaba una publicidad de la tienda "La Giralda", que ofrecía su "numerosa colección de disfraces y fantasías, para señoras y niñas", siempre dentro de su línea de "ropa elegante" ajustada a todos los presupuestos, "desde el más modesto hasta el más opulento". Desgraciadamente, la falta de espacio no permitió exponer una de las fotos que más recuerda Peña: "Una mujer disfrazada de Diagonal, de la calle Diagonal. Tenía una construcción enorme, de cartón, y algo la cruzaba de lado a lado. Al lado de ella, había otra mujer... disfrazada de rascacielo".









ORIOS



ñala Peña. La víctima, digamos, tenía que considerarse afortunada si lo que recibía era un baldazo traicionero, porque perfectamente podía ser víctima de un huevo relleno: de gallina, pato o ñandú, el alimento devenido objeto contundente tenía tantas posibilidades de llevar dentro agua perfumada, o polvo de colores como ceniza. En cualquier caso, eso dolía. "Ningún hombre enemigo de las torpezas que él (el Carnaval) ocasiona, ninguna señora decente, ninguno que quiera ser expuesto a recibir un diluvio repentino, puede salir a la calle", señalaba el conservador *Diario de anuncios* al promediar el siglo XIX, quizá sin sospechar que en esa "misma chacota" capaz de entreverar a chicos de buena familia con "el último de los esclavos" se vería envuelto, 20 años después, el mismísimo presidente de la República. Peña recuerda, por ejemplo, el relato del francés Alfredo Ebelot que da cuenta de un Domingo Faustino Sarmiento de lo más entretenido mojando gente por ahí: "Sentado en una carretela vieja, que la humedad no pudiese ofender, abrigado con un poncho de vicuña, cubierta la cabeza con un sombrero chambergo, distribuía y recibía chorritos de agua" en 1870, apenas llegado de viaje. Y alguna relación debió haber entre la investidura presidencial y el Carnaval, porque también hay relatos de un verano, en Mar del Plata, que vio a Carlos Pellegrini convertido en víctima de un grupo de señoras: "En represalia por las mojaduras que el Presidente había llevado a cabo, lo alzaron y sumergieron en la fuente del Hotel Bristol". Años más tarde, vendrían los pomos de plomo con agua perfumada "Bellas porteñas", esos que en la muestra pueden verse con unas primorosas etiquetas verdes decoradas por querubines rodeados de flores, arrojándose agua.

A los grandes bailes de máscaras, donde se llegaba tras haber presenciado algún corso, no iba cualquiera. Grupos enteros de amigas y amigos, como las mujeres retratadas en trajes de tréboles que pueden verse en la sala, se reunían con la suficiente anticipación como para decidir el disfraz en común, diseñarlo, y encargarlo a la modista. Y esa, generalmente, era prerrogativa de clases acomodadas. Una vez de noche, "en los salones de los clubes de tono", describe *Imagen...*, "las muchachas disfrazadas son las que se acercan a los caballeros, las que solicitan su compañía, las que sufren negativas, las que insisten". El viajero mexicano Federico Gamboa se quejaba, por entonces, del desenfado de esas muchachas, que tuteaban al desconocido "amparadas en la careta. Por desgracia, aquello no es sino una broma de Carnaval; los entusiasmos que origina tiene uno que olvidarlos horas después. No sé de ninguna otra ciudad del mundo en que se practique esta costumbre deliciosa".

En ocasiones, el hecho de que el disfraz no permitiera saber a ciencia cierta la identidad de la mascarita fue visto como un potencial peligro. Tanto fue así que, en la segunda mitad del siglo XIX, acota Peña, "la municipalidad obligó a tener 'permiso de disfraz'. Pero era por una razón clarísima: los ladrones aprovechaban el Carnaval para entrar en algunas casas y robar sin grandes riesgos. Por eso mismo, había determinados disfraces de conjunto que no estaban permitidos, como los de saltimbanquis y equilibristas. ¿Por qué? Porque iban por la calle, uno saltaba encima del otro, de otro, de otro, hasta que uno se metía directo en un balcón, entraban y robaban. Entonces, para inscribirse en ese registro, uno tenía que decir de qué iba a ir, y le daban una medallita de bronce que decía 'permiso oficial, corso tanto, año tanto'. Había que llevar eso".

Tal vez los disfraces más originales, las fotos de trajes más asombrosas sean las de los años 20 al 30. Más allá de los clásicos ejemplos de dama antigua, están, por ejemplo, los ya comentados tréboles, y otros imposibles de descifrar. Fantasías puras, como las que promocionaba una publicidad de la tienda "La Giralda", que ofrecía su "numerosa colección de disfraces y fantasías, para señoras y niñas", siempre dentro de su línea de "ropa elegante" ajustada a todos los presupuestos, "desde el más modesto hasta el más opulento". Desgraciadamente, la falta de espacio no permitió exponer una de las fotos que más recuerda Peña: "Una mujer disfrazada de Diagonal, de la calle Diagonal. Tenía una construcción enorme, de cartón, y algo la cruzaba de lado a lado. Al lado de ella, había otra mujer... disfrazada de rascacielo".





Jabón ecológico

En tiempos de crisis económica y calentamiento global, Nivea ha lanzado un producto ideal para quienes deben achicarse pero no tanto, y además quieren tener conciencia ecológica. Se trata de la recarga económica de su jabón líquido hidratante (con aceite de almendras y vitamina F), un cómodo sachet de 500 ml que permite recargar dos veces el dispenser. El envase de la recarga es ecológico y reduce en un 80 por ciento los residuos sólidos en el medio ambiente.



Tradiciones renovadas

Para este inminente inicio de clases, la clásica empresa Sheaffer ha comenzado a comercializar dos nuevos modelos de lapiceras, Reacktor y Deltagrip. El primero es ni más ni menos que una versión 2002 de la típica lapicera fuente, sólo que con una presentación bien diferente y una variedad de tintas que ya hubiéramos querido en la primaria (rosa, púrpura, negro, turquesa, naranja y amarillo). La segunda línea, en cambio, ofrece bolígrafos y lápices retráctiles, también en colores divertidos.



Calendario absoluto

Absolut, la marca de vodka que ha hecho de sus publicidades cualquier cosa menos la simple imagen de su producto, tiene un calendario 2002 totalmente acorde con su identidad visual. Para hacerlo, explicamos, convocan a seis parejas de diseñadores de moda (Jean Paul Gautier, Stephen Jones, Miguel Flor, Mauricio Olivera y el argentino Ricardo Otazu) para explorar las dualidades de los seis elementos. ¿El resultado? Imágenes shocking, delicadas, primorosamente construidas, y donde la botellita es más invisible que nunca.

Taller

La psicóloga social Susana Busacca impartirá el taller "Busco empleo", en el que planea aportar "herramientas para optimizar la búsqueda laboral", como redacción de cv, cartas de presentación, o consejos para quienes se presenten a entrevistas de selección de personal o deseen llevar adelante un microemprendimiento. Los encuentros serán en el Centro Municipal de la Mujer de Vicente López (Acassuso 1752, 4794-6604/6605/7010).



Dos son uno

"Dos lenguajes y una identidad" es el nombre de las muestras individuales que Alejandrina Sobrado Solá y Alejandro Leguizamón presentan hasta el 9 de marzo en la galería VYP (Arroyo 959, 4325-8175, 4327-0156). Ella, arquitecta, egresada de Bellas Artes y discípula, entre otros, de Josefina Robirosa, expone una serie de inquietantes paisajes entre bucólicos y pesadillescos (desarrollados previamente en maquetas). El, egresado también de Bellas Artes, ha estudiado, por ejemplo, con Alvaro Giménez, y muestra una pequeña obra en la que, de alguna manera, ha logrado utilizar la abstracción como paisajes.



Dibujo

Está abierta la inscripción para el taller de dibujo que impartirá la artista plástica Silvia Brewda. El objetivo: "Pensar el dibujo como una herramienta para un proyecto, desarrollar la obra con técnicas del dibujo: aguada y acuarela, claroscuro (lápiz), la línea (croquis), la observación (modelo vivo)". Datos, horarios y demás, al 4863-4310, 4855-3117, o escribiendo a silviabrewda@latinmail.com

Peña flamenca...

... es la que tiene lugar en la Calle de los Lunares, un espacio pensado para "homenajear a los que están y a los que nos dejaron su duende por este arte". El grupo Los Tarantos y varios artistas invitados, como el canario Baldomero Cádiz, ponen color y algo más a las noches de tapeo en Bustamante 875. Más detalles, en el 4865-9393.



Año lectivo

El Centro Cultural Ricardo Rojas comenzó la inscripción para los cursos anuales y cuatrimestrales. En todos los casos, están abiertos a lacomunidad, son para mayores de 16 años y pueden ser con beca completa o media beca, de acuerdo con la cantidad de inscriptos. Los aranceles varían de acuerdo con la carga horaria, pero suelen ser bajos. La oferta es amplia (danza, teatro, música, informática, comunicación, idiomas), por lo que conviene consultar telefónicamente (4954-8352) o pegarse una vuelta por Corrientes 2038.

Amor, amor...

Affinidades es una consultora de vínculos especializada, precisamente, en estudiar perfiles de quienes acuden a ella y actuar de Cupido. Claro que cuenta con metodologías de todo tipo, como la que permite determinar la "compatibilidad astrológica", a partir de los signos del zodíaco. Para consultas, hay que llamar de lunes a viernes, entre las 15 a 20 hs., al 4553-7590.

Handygirls

Corina Noguera, suponemos en esta humilde página, alguna vez se cansó de esperar al plomero y empezó a investigar. Así fue como llegó a dictar (nada más ni nada menos que en la Fundación Uocra) un curso de arreglos y decoración del hogar, y a tener dos programas televisivos sobre lo mismo. Pues la chica se modernizó: acaba de presentar su página de Internet, www.corina.com.ar, donde ofrece las soluciones a los problemas domésticos más comunes, tanto de electricidad como de albañilería o lo que sea. También, asegura, contesta personalmente los e-mails que le llegan.

DISEÑO

tener resto



EL HOLANDÉS DE OJOS SALTONES REM KOOLHAS ES UN ARQUITECTO CONSIDERADO EXTRAVAGANTE PERO QUE INSISTE CON QUE ÉL SÓLO HACE COSAS SIMPLES. LAS SIMPLEZAS SON *S, M, L, XL*, UN LIBRO GORDO Y PESADO QUE REÚNE TODOS SUS PROYECTOS RECHAZADOS. LA BIBLIOTECA MÁS FEA DEL MUNDO –QUEDA EN SEATTLE– Y MEDIR LOS METROS CUADRADOS POR PERSONA QUE LOS NORTEAMERICANOS DEDICAN AL SHOPPING (31 METROS CUADRADOS). AHORA HA METIDO SU INGENIO EN DISEÑAR LA TIENDA AUDITORIO PRADA DE NUEVA YORK.

POR VICTORIA LESCANO

Los lugares comunes en la lista de malos tragos al ingresar en el probador (comprobar que el último modelo de vestido te hace espalda de luchador romano, pasar horas a medio camino entre esos cubículos y el perchero hasta dar con el talle correcto, sofocarse con el abrigo de rigor del próximo invierno durante un día de 40 grados) y también los cruces entre moda y arte fueron considerados por el arquitecto holandés Rem Koolhas y su equipo de colaboradores en la realización de la nueva tienda auditorio Prada, convertida en el nuevo centro de atracciones para fashionistas. Situada en Broadway y Prince St, en la puerta vecina al Museo Guggenheim tiene, además de reediciones de los grandes éxitos de la marca, artilugios que permiten cambiar la temperatura del cuartito de pruebas según las texturas elegidas, cámaras con pantalla de plásma situadas en los espejos para hacer autocrítica en cada paso del fitting, puertas que se vuelven transparentes para someterse al veredicto del acompañante en el tour de compras y también una línea telefónica conectada con el depósito para consultar sobre variaciones de talle y color del modelo elegido.

Las dos plantas de la tienda número ciento treinta de esa cadena no se limitan a paredes blanco hospital: el paisaje incluye empapelados de plantas carnívoras, un ascensor transparente y circular apto para personas y maniquíes y un curioso dispositivo que permite que los exhibidores de zapatos se pueden transformar en asientos y también que un escenario surja de una rampa.

Antes de construir la biblioteca pública de Seattle (a la que un crítico bautizó como "la biblioteca más fea del mundo"), la embajada holandesa en Berlín, un hogar plagado de bibliotecas mecánicas para un editor confinado a un silla de ruedas, una casa de vidrio-metal y una rara pileta de natación con vista a la torre Eiffel (que fue tema de una polémica entre puristas del estilo francés), Koolhas fue conocido por sus textos críticos sobre la arquitectura moderna. En *Delirious New York* expuso una mirada irónica sobre las innovaciones tecnológicas y el estilo de Manhattan ilustrado con viñetas de su mujer, la artista Mele Vriesendrop. Años más tarde continuó con *S, M, L, XL*, un libro gordo y pesado que reúne todos sus proyectos rechazados y que es de rigor entre las nuevas generaciones de arquitectos.

"Me interesa todo lo que luce simple a primera vista y muestra su complejidad en el uso, mis construcciones sólo tienen conceptos extravagantes", dijo sobre su sello personal cuando recibió el codiciado Premio Pritzker, lo más parecido a un Oscar para arquitectos, a comienzos de 2000. Sus nuevos y extravagantes proyectos son un hotel en Nueva York para los dueños del Delano y una ciudad-aeropuerto en una isla europea.

A mediados de los 90 aceptó ingresar en Harvard con la condición de coordinar seminarios de investigación sobre temas de su interés, entre ellos un seguimiento de las superficies dedicadas al shopping de todo el mundo –que, por supuesto, encabezó Estados Unidos con treinta y un metros cuadrados por persona– del que surgió el *Harvard Design School Guide to Shopping*. Ese fue precisamente el tópico que llegó a oídos de la diseñadora Miuccia Prada, quien desde mediados de los noventa no se pierde ninguna de sus conferencias y hace dos años se presentó en las oficinas de Rotterdam para encargarle tres grandes tiendas: una en Nueva York y las restantes en Chicago y San Francisco.

"Incorporé las compras como un hecho social y cultural cuando tenía ocho años y mi familia vivió en Indonesia. Todas las mañanas un chofer nos dejaba en un mercado maravilloso al aire libre. Cuando crecí, las compras a la usanza occidental con productos dispuestos en compartimentos perfectamente señalados y sin lugar para sorpresas me parecieron frustrantes. La incorporación de aire acondicionado, escaleras mecánicas y grandes carteles en las tiendas modernas, aunque aumentaron las ventas, provocaron compras automatizadas. En 1895, Harrods fue precursora en incorporar una escalera mecánica, pero pasaron más de cien años en que ni el probador ni las cajas sufrieron innovaciones", cuenta Koolhas en el prólogo de ese tratado sobre paseos de compras.

El listado de innovaciones de los Prada en la modalidad de consumo de los noventa incluye la invención de un elegante libro destinado a reservas y listas de espera de tacones retro con flores (hasta la pequeña Lourdes Ciccone León tuvo uno en verde pistachio para dar sus primeros pasos), sandalias con tacos de acrílico (320 fueron las mujeres que se apuntaron por esos pares cotizados en 400 dólares para el verano del 95), vendedoras entrenadas para llamar a ejecutivos a sus celulares y comunicarles el arribo de nuevas fundas de laptops y kilos de cheese cakes decoradas con dulce de arándanos –a tono con el logo propio– enviadas de regalo en los onomásticos de los grandes clientes.

Miuccia Prada se graduó en Ciencias Políticas en la Universidad de Milán, en los setenta militó en el Partido Comunista vestida con originales Dior, Saint Laurent y raros vestidos adaptados a su tamaño por la mejor casa de ropa para niños de Roma, y hoy figura en el Quién es Quién de la moda por resucitar la antigua firma de equipajes Fratelli Prada.

"Después de la militancia política, me parecía que dedicar mi vida a hacer vestidos y carteras era lo peor que me podía pasar. Nunca me propuse ser diseñadora, simplemente descubrí que tenía condiciones para serlo", declaró en el apogeo de la marca a *The New Yorker* la mujer que suele recorrer Milán a bordo de una Vespa y tiene el vicio de comprar un nuevo juego de abalorios –especialmente de estilo art nouveau– para premiarse luego de la presentación de cada colección.

La apertura del Prada Store fue tan comentada como la del Commes des Garçons en un viejo taller vecino a las galerías de Chelsea pero también coincide con descensos de cifras de venta y rumores de crisis de esa y otras marcas. Cuando a mediados de los noventa el artista alemán Tom Sachs tramó una serie de pequeñas obras en parodia de las marcas, que incluyó una guillotina by Chanel y un inodoro cuyo asiento reproducía el logo Prada, Miuccia no dudó en comprarlo para su colección de arte y ahora circulan rumores de que los Prada resucitarían *Humanitá*, el antiguo periódico del PC. Mientras tanto, editaron un catálogo con bosquejos, perspectivas y conceptos sobre los Prada megastores en proceso. Allí, Miuccia enfatiza su filiación al comunismo y Koolhas dispara sobre las compras cuando afirma: "En un mundo donde todo es comprar, sin duda el lujo ya nada tiene que ver con el shopping".

Si hubiera querido ser cafishio...

Romances de tango es una historia de machos de esos que podrían cantar "Decí por Dios qué me has dao, que estoy tan cambiao, no sé más quién soy...". Sólo que son tan famosos que se llaman Discépolo, Manzi, Le Pera y otros nombres del dos por cuatro. El libro, escrito por Lucía Gálvez y Enrique Espina Rawson y editado por Norma, incluye también el prontuario amoroso de Carlos Gardel, del que extraemos un fragmento.

La verdad es que el "Morocho" tenía un éxito arrollador entre las mujeres. Así lo recuerdan algunos de sus contemporáneos, como el viejo cantor criollo René Ruiz quien, en 1963, confió a Enrique Espina Rawson:

"Lo que la gente no sabe es que si había cien personas en un teatro, noventa y cinco eran mujeres... Porque Gardel tenía eso. Una alumna mía, hincha furiosa de Gardel, quería saber cómo era. Yo le hice esta comparación: 'Gardel no andaba detrás de las mujeres porque eran las mujeres las que andaban detrás de él. Es como si me dijeran que vos, joven y bonita, andás detrás de los muchachos'."

"Una vuelta, Carlos tenía que cantar en un cine de Flores. Lo acompañé, y cuando llegamos el gentío no nos dejaba bajar del coche. Una viejita parada al lado de Gardel quería pasar. Y no podía porque estaba lleno de mujeres que lo querían tocar, hablar, cualquier cosa... La viejita pregunta a Gardel: '¿Pero qué pasa, por Dios, qué es esto?'. Y Gardel, tratando de abrirle el camino le dice riéndose: '¿Sabe qué pasa, señora?... Que están todas locas... locas de remate'."

Lo mismo sucedía en la otra orilla, a juzgar por el artículo aparecido en la revista *Cancionero de Montevideo*, de noviembre de 1931: "Ultima noche de Gardel. El Artigas, atestado a la hora en que canta el más veterano y popular de los ruiseñores del inmenso bosque del folklore nacional (...) Gardel canta una, dos y tres y cae el telón. Parece que la sala entera aplaudiera haciendo chocar el techo con el piso. Sube el telón. Sigue la serie: cuatro, cinco, seis, desciende otra vez la tela. Carlitos, de pie entre los bastidores, se pasa un pañuelo por el cuello. Como una sola y gigantesca persona, la sala aplaude y exige más, y vuelve a cantar Gardel, mientras los y las artistas de la compañía de zarzuela en masa siguen ávidamente la actuación. La Petra está embelesada... quizá demasiado embelesada para que sea solamente admiración la suya hacia Gardel. Y el semblante risueño de la hermosa españolita se entristece cuando una compañera más vieja y más ducha, por tanto, le susurra al oído: '¡No hay nada que hacerle, chica! ¡Es demasiado para nosotras!'. En una de tantas subidas de telón, se oye claramente que esa noche le gritan a Gardel, aun desde la cazuela, entusiasmadas voces femeninas.

"–¡Ese hombre es único!

"–¡Carlitos siempre es divino!

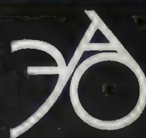
"Y Gardel, curtido pero sensible a tantos halagos, a tan sentidos homenajes, no puede ocultar su emoción a la mujer uruguaya."



ISABEL DEL VALLE, NOVIA DE GARDEL.

Entre las señoras pudientes también tenía Gardel sus admiradoras. La escritora porteña Haydée Ghio tiene ese recuerdo de su adolescencia:

"Cuando Gardel actuaba, Inés B., una amiga de mamá, la invitaba al teatro para ir a verlo. Siempre estaba en un palco y mi madre hacía las veces de acompañante. Inés era una señora muy hermosa, muy interesante, con una mirada muy profunda. En casa no se hablaba de esto, desde luego, pero sabíamos que entre Gardel y esta amiga había algo muy entrañable, muy sólido. Ella usaba una capelina, la misma que tenía puesta cuando lo conoció, y aunque ya estaba pasada de moda, seguía usándola cada vez que iba a verlo. Sé que se conocieron en el Círculo Italiano, en una fiesta que hubo,





CARLOS GARDEL Y GOYITA HERRERO EN EL FILM "ESPERAME".



CARLOS GARDEL Y BLANCA VISCHER EN EL FILM "EL TANGO EN BRODWAY".

Durante su estadía en Francia, Carlos Gardel intimó con una mujer, Sadie Barón Wakefield, que fue una verdadera protectora para las finanzas del actor. Su padre, Bernhard Barón, le había dejado una fortuna calculada en cinco millones de libras, cifra inconcebible para 1929.

porque el marido de Inés era un gran arquitecto, un hombre muy poderoso de la colectividad italiana, tenía grandes obras... Lo gracioso de esto era que Razzano, por solidaridad, por compañerismo quizá, se sentía obligado, a su vez, a conquistar a mi madre y le dirigía miradas apasionadas que mi mamá evitaba como podía...".

Durante su estadía en Francia, Carlos Gardel intimó con una mujer, Sadie Barón Wakefield, que fue una verdadera protectora para las finanzas del actor. Su padre, Bernhard Barón, le había dejado una fortuna calculada en cinco millones de libras, cifra inconcebible para 1929. Entre otras cosas, era dueña de la fábrica de cigarrillos "Craven A". En cuanto conoció a Gardel lo distinguió con toda clase de atenciones y le ofreció apoyo económico para financiar sus películas. Fue, sin duda, una relación de mutua conveniencia: el matrimonio Wakefield ganó mucho dinero con las películas de Carlitos, y "Madame Chesterfield", como algunos la llamaban en broma, se daba lustre por su íntima amistad con tan famoso artista. También a Gardel le convenía una amistad que lo relacionaba con círculos muy altos del arte y las finanzas.

(...)

Un testimonio interesante de la fascinación que ejerció Gardel entre las francesas y de la mentalidad "complaciente" de algunos maridos franceses, es el de Madame Billy. Era ésta una especie de "reina de la noche" parisina, que narra en sus memorias la siguiente anécdota:

"Carlos Gardel era el rey indiscutido de la colonia de América latina. Este tolosano de origen, que el tango trasfiguraba, era más argentino que los argentinos. Yo tuve la suerte de ser su amiga. Lo había conocido por Mattos, autor de 'La cumparsita'. No había grandes recepciones sin Gardel. Aun cuando su voz hacía vibrar, no le faltaban elementos de seducción: alto, morocho, robusto, la mirada pesada bajo las pestañas sombrías, hubiera podido rivalizar con Rodolfo Valentino en la categoría 'hidalgo'. Todas las mujeres estaban locas por él. Y él se hacía un deber de satisfacerlas en el mayor número posible. Cantaba en el teatro Empire. Yo iba seguido y luego partíamos en grupo a comer y hacer la ronda de las boîtes de moda. Una noche, estaba sentada al lado de una pareja. Cuando bajó el telón, la mujer, sin una palabra de explicación, plantó a su marido para ir a los camarines. Este, viendo que yo no decía nada, se dirigió a mí:

"–¿Usted no va a ver a Gardel?

"–No, señor, no vale la pena...

"–¡Ah!, ¿usted lo conoce?

"No quise seguir en ese plan.

"–No, casi nada, no lo he visto más que una vez.

"–Señora –me dijo–, hace seis días consecutivos que venimos a verlo. Hace seis días que, al finalizar el espectáculo, mi mujer sube a su camarín. ¿Le parece normal?, ¿qué haría en mi lugar?

"Intenté tranquilizarlo:

"–Esto no es grave, señor. No hay por qué inquietarse. Carlos Gardel es casado y está muy custodiado... Más que nada, él es muy sensible a los cumplimientos que le brindan por su actuación...

"Mi interlocutor no parecía muy convencido.

"–Ah, ¿a usted no le parece grave y encuentra normal que seis días seguidos un marido lleve a su mujer a ver a su futuro amante?

"No escuché la continuación. Preferí perderme en la multitud. ¡Seis días!... Todas las chances indicaban que la esposa ya había sucumbido."

También en España tuvo Gardel sus amores. La primera de la que se habló fue de la "tonadillera" Teresita Zazá, con quien el dúo Gardel-Razzano había compartido varias veces el escenario. Más adelante, en Barcelona, mostró un gran estusiasmo por una tal Blanquita, a la que el bailarín de tango Adolfo Tuñón recordaba en una entrevista de los años 70: (...) "Enloquecido con ella, no quería saber nada con otras... Pero, mujeres de la sociedad, de la alta sociedad, le mandaban cigarreras de oro... Me acuerdo de una que parecía una esterilla: todo entrelazado el oro con el platino; y un alfiler de corbata con un brillante bárbaro... Y al mandárselo de vuelta me decía: '¡Esta gallega está loca...!'. Claro... si era un señor... Pero si hubiera querido ser canflinflero, tenía cuarenta mujeres que le diesen plata".

En 1931, al terminar la filmación de *Luces de Buenos Aires*, el cantor y Gloria Guzmán regresaban a Buenos Aires en el mismo barco. La vedette, considerada entonces cómo la más bonita de los escenarios porteños, tenía una relación muy fuerte con un conocido deportista argentino. No obstante, era un secreto a voces que en ese viaje los dos artistas compartieron muchas cosas. Ya en Buenos Aires, cada uno volvió a lo suyo.

(...)

La relación de Gardel con Mona Maris fue breve pero intensa. Compartieron cinco semanas en Nueva York en la filmación de *Cuesta abajo* y simpatizaron mucho. Tenían planes para hacer otras películas juntos, y cuando Gardel inició su gira por Latinoamérica, ella le mandó al barco un telegrama en un tono muy íntimo de complicidad. Pocos meses después, en el hotel Savoy de Londres, el maître, gran admirador de Carlitos, tuvo la tristeza de darle la noticia de su muerte. La profunda impresión la deprimió de tal manera que, según ella misma relata, pasó casi un mes sin comer. (...)

Entre tanta grandilocuencia y amaneramiento, las notas a Gardel suenan, en general, mucho más simples y sinceras. El 19 de abril de 1933, por ejemplo, el periodista Chas de la Cruz le hace una entrevista donde recalca: "Este es Carlitos Gardel. Eternamente joven, de mentalidad sana, sin complicaciones. Su existencia se desarrolla al margen del teatro. Dueño de un 'stud', le gustan los burros; no se echa atrás ante unos ojos negros –o no negros– o una partida de poker. Y del mismo modo que pone toda el alma cuando canta en un teatro, canta de todo corazón para los pibes del barrio que, en la vereda cordial, le dicen padrino y lo tutean como si fuera un pibe más... Y es que Gardel tiene corazón de niño.

"–...¿Qué hubo con la viuda millonaria?

"–¿Qué viuda? –me responde Gardel, haciendo que no entiende, aunque entiende muy bien...

"–Aquella millonaria que te mandaba al hotel gardenias frescas en floreros de oro.

"–Dejáte de macanas... Esas son cosas que no deben contarse...".

De todos estos testimonios, podemos sacar la conclusión de que Gardel, como muchos de los "hombres de Corrientes y Esmeralda" que están solos y esperan, no llegó a enamorarse nunca en serio. El amor para él era sinónimo de diversión, comparable a una partida de poker o a una carrera como insinúa el periodista.

Quizá la que más cerca estuvo de la verdad fue aquella vedette española, Perlita Greco, que alardeaba de haber sido uno de los amores de su vida. Al enterarse de su muerte, le comentaba al periodista José Montero Alonso: "A veces he pensado que él no quiso de veras a ninguna mujer, que su única y verdadera pasión era su madre. Siempre hablaba de ella con cualquier motivo, contaba anécdotas y frases suyas que repetía con emoción. En realidad su madre era la mujer que llenaba su vida, la que colocaba por encima de todo. Sentía por ella una verdadera veneración. El primer dinero en cantidad que ganó fue para regalarle una casa. En su recuerdo quedó una vez grabado un fandanguillo que una noche oímos juntos:

'Cómo quieres que te quiera
lo mismo a ti que a mi madre
eso es pedirme la luna.
Mujeres tengo a millares
y madre no hay más que una...'".

Carlos Gardel estaba de acuerdo con la copla. Y doña Bertha era una auténtica madre de los dos.

Fotos: gentileza de Juan Gómez.



MODA

tener o no tener

Si bien pieles y mujeres parecían, hasta la irrupción de los ecologistas, una combinación perfecta de lujo y voluptuosidad, lo real es que recién en los siglos dieciocho y diecinueve esta relación se hizo carne y uña. Prehistóricos de ambos sexos se abrigaban con el cuero peludo de los animales como ilustran "Los picapiedras". Es una historia de sangre, lujo y protesta como una iniciada en España donde el slogan era "Si la piel es tu pasión, arráncate la tuya".

POR MOIRA SOTO

Claro que no todas deseaban, pedían un tapado de armiño todo forrado en lamé, pero buena parte de las mujeres del siglo pasado, hasta los 80 al menos, se desvivían por tener un abrigo, una estola, un cuellito, algo de piel en su guardarropas. Por el lujo que representaba y por el mórbido placer que procuraban esos pelos sedosos –unos más, otros menos, según el precio– de nutria, zorro, visón, astracán... Anche de armiño, como en el melancólico tango de Romero y Delfino que Gardel canta (dramatiza) cada vez mejor (que nadie). Aquel famoso tapado resultó más durable que el amor de su portadora: el pobre tipo que se lo regaló con mil sacrificios, mangando a amigos y usureros ¡y estando un mes sin fumar!, todavía sigue pagando las cuotas cuando el amor de ella ya se apagó. Y no sólo lo dejó la muy casquivana, sino que ahora pasa a su lado, prendida a un gigoló y con el tapado –que tantas noches, tiritando, en la vidriera le pidió, suspirando– abrigando su cuerpito ...

Aunque nunca sabremos cómo hizo el cándido enamorado para pagar, por más que fuese en cuotas, aquel abrigo, hay que reconocer que la chica de marras no se interesó en una pielcita cualunque, más accesible al bolsillo del caballero: ella pidió –y obtuvo– armiño –es decir, *mustela ernunea*–, animalito destinado a las capas y otras prendas de la realeza durante siglos, alternando en ocasiones con la marta cibelina. La muchacha que rogaba "ay, mi amor, si vos pudieras...", quizá sabía, probablemente gracias a las ilustraciones de los cuentos de hadas, del valor simbólico aplicado al armiño, ornamento –además de protección contra el frío– asociado al ejercicio del poder político y económico.

Si bien pieles y mujeres parecían a lo largo del siglo veinte, hasta la irrupción de los ecologistas, una combinación perfecta de lujo y voluptuosidad, tales para cuales, lo real es que apenas en el dieciocho y sobre todo en el diecinueve, las pieles son asociadas a la moda femenina. Antes, mucho antes, las pieles animales ya habían sido utilizadas por mujeres y hombres de la Prehistoria como barrera contra el frío, seguramente secándolas al sol y empleando algún tratamiento rudimentario para darles flexibilidad, puesto que el tema del diseño todavía no preocupaba a los humanos. Desde luego, resultaban más prácticos los grandes animales cuya piel se cortaba –o desgarraba– a la medida del cuerpo, y no bichitos diminutos como los hamsters que emplea actualmente la tradicional casa británica Gieves & Hawkes para confeccionar abrigos que requieren no menos de cien de estas populares mascotas...

Poco a poco, las pieles van siendo diferenciadas y valoradas según calidad y belleza, cazar animales para vestimenta o simple adorno se convierte en un trabajo rentable. A partir del siglo X funciona la ruta de las pieles entre Cracovia y Kiev que abastece a los mercados cada vez más florecientes de Europa occidental. Los barcos que llevan la preciosa mercadería parten del Báltico hacia el Mediterráneo. Y no tardan en sancionarse leyes que reservan las pieles más raras y finas a la aristocracia, que abusa de este signo de prestigio social al punto tal que algunas de las especies más codiciadas empiezan a escasear en pleno siglo XV.

Ya en el XVII, el uso ha empezado a extenderse y no es imprescindible pertenecer a la corte para tener –al menos– un manguito, al que también recurren los señores friolentos, para calentarse las manos en el crudo invierno. En el XVIII las pieles se aplican a los trajes, tapados, capas de día, a menudo usadas como confortable forro, mientras que por la noche se lucen en toda su lustrosa opulencia. Tendencia que se acentúa en el XIX. Particularmente en lo relativo a los abrigos de soirée, esos que a fines de dicha centuria envolvían a la venus de las pieles de don Leopold von Sacher-Masoch, el que llevó a las letras el placer de la mortificación.

A estas alturas, además del armiño y la marta, ya se apreciaba la pelambre del zorro de cualquier color, los rulos aterciopelados del astracán, la finura insuperable de la chinchilla... En los años 20 del siglo ídem, años de flappers con capitas deslizantes art déco, ya se trabajaba empeñosamente en perfeccionar el tratamiento de las pieles, preciosas y comunes. Pero es a partir de la Segunda Guerra cuando se intensifica la crianza de especies más cotizadas y el mercado de las pieles naturales se expande, se expande, incluyendo también al moutón (cordero), el conejo, la cabra, el potrillo y otros animalitos de Dios que verían alargar sus vidas al producirse la creación de las pieles sintéticas, tan celebradas por los verdes pero que jamás producirían la delectación lujuriosa de –por citar la piel de las estrellas– un visón rozándote el cachete, el escote, la pantorrilla, el muslo...

CARICIAS GLAMOROSAS

Dijo Balzac: "El lujo cuesta menos que la elegancia", refiriéndose indirectamente a los vanos intentos de poseer ese toque de distinción natural, esa *allure* que desde luego no te la dan ni el visón Morning Light Pearl ni el blanquísimo karakul. Empero, a muchas estrellas –de Hollywood sobre todo, pero también de la Argentina (como el armiño negro de Laura Hidalgo)– las pieles preciosas, carísimas, fastuosas les han sentado estupendamente. ¿Alguien medianamente sensible a la belleza y el donaire podría negar la suprema elegancia de Marlene Dietrich envuelta en diversas pieles, en cualquiera de sus películas? Para no mencionar a Carole Lombard en ***Tener o no tener***, a Gene Tierney en ***The Shanghai Gesture***, a Bette Davis en ***La malvada***. En verdad las pieles formaban parte del kit de recursos estelares, como el maquillaje, el peinado, el resto del vestuario diseñado por Adrian, Edith Head, Travis Banton. Es cierto que mientras duró el auge de las pieles, que involucró a la mismísima gacela Audrey Hepburn (ver, por caso, su tapado de armiño en ***Amor en la tarde***), hubo algunas chicas con un toque hortera –léase Lana Turner, Jean Harlow, Zsa-Zsa Gabor– a las que las estolas rumbosas les subrayaron su insolente vulgaridad. Pero en el otro extremo se pueden citar los estrictos sobretodos de satinado pelo corto de Katharine Hepburn, el abrigo con capucha de Greta Garbo en ***Anna Karenina***, el amplio manguito de ocelote haciendo juego con el cuello del abrigo de Hedy Lamarr en algunas de sus fotos publicitarias y ¿por qué no? el tapado de mono de Irene Dunne en ***Theodore Goes Wild***. Diversas pieles ocupaban



MISS PIGGY.



MARLENE CON ARMIÑOS.



REBECA.

el placard de ***Rebecca***, una de las cuales es abrazada por el ama de llaves enamorada, que acaricia maliciosamente con una manga la mejilla de una todavía apocada, temerosa Joan Fontaine. Totalmente confiada y en el apogeo de su hermosura, Elizabeth Taylor se enroscaba en una blanca estola de visón que *–ton sur ton–* se fusionaba con un trajede seda clara en ***Ambiciones que matan***. Nada, que todavía nadie se sentía culpable de arrebujarse en primorosas pieles, de sentir ese levísimo cosquilleo e, inevitablemente, pavonearse un cachito...

SE ACABO LO QUE SE ENSALZABA

Llegó la hora de los protectores de los animales y ya nada volvió a ser lo que era en materia de pieles glamorosas en el cine: obviamente, ya existían, desde los '60, las sintéticas, pero ¿qué estrella las iba a usar teniendo que ponerse a explicar que se trataba de meras imitaciones que, para colmo, a algunas alérgicas les dañan su propia piel y a otras hipersensibles les dan electricidad? Casi es como intentar equiparar la madera y la fórmica. Pero bueno, a los verdes y afines, razones no les faltaban y tampoco inventiva y energías para llevar a cabo sus campañas, que incluyeron un impactante corto proselitista en el que modelos arropadas con suntuosas pieles al girar ensangraban al público al borde de la pasarela. Total que en los 80, salvo en determinados y delimitados círculos, a ninguna mujer conocida se le ocurría alardear con prendas de piel natural, mientras que la industria de las sintéticas se expandía y en los Estados Unidos hasta fue posible comprarse un tapado acampanado, imitación dálmata, justo como el que quería hacerse la archivillana Cruella de Vil ya saben en qué película. Tiempo antes, Brigitte Bardot, que en el cenit de su éxito lució pieles espectaculares, se embarcó en la defensa apasionada de los bebés focas empezando a crear conciencia del dolor y la gratuidad de este tipo de depredación.

En los 90, la batalla de los ecologistas estaba prácticamente ganada, contando con la participación de Naomi Campbell y un grupo de top models que proclamaban desde un poster: "Mejor desnudas que con pieles". Pero he aquí que la industria del ramo, que seguía remando contra la corriente verde y encontrando gente como Mary July Alsogaray (que se fotografía como madura chica de tapa con zorros en *Noticias*) que mantenía su afición peletera, convenció a Campbell (morena voluble si las hay) para que estuviera en un aviso de "pieles ecológicas". Obvio: se trataba de pieles de criadero. Pero no contaron con la reacción de los defensores de animales que raudamente difundieron los sufrimientos de los bichos salvajes en cautiverio, hacinados, obligados a reproducirse sin descanso, etc., "todo para producir artículos de lujo que no necesitamos", como dice Mariana Sanz (*El País*, 27/1/02). A lo que añade Jesús Mosterin, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona: "Las granjas de visones, zorros, chinchillas son un infierno que vuelve locos a los animales (...) vestir pieles de lujo es señal de vulgaridad e ignorancia". Respecto de las atrocidades de la industria peletera, añade: "Muchos ribetes de prendas se elaboran con la piel de perros y gatos criados en China (...). Hay un astracán muy fino que se obtiene de corderos no nacidos, en Asia Central".

Sin embargo, peleteros y diseñadores en abierta complicidad han vuelto a la carga en el actual invierno del Hemisferio Norte. Una vez más, usan el argumento de que lapones, esquimales y otros habitantes de zonas muy frías siguen usando pieles sin que nadie los acuse de crueldad. Pero lo cierto es que con sus contrapropuestas –insistir con supuestas mejoras en los criaderos y con muertes más dulces de los animales, emplear bichos menos nobles cuya carne se consume como vacas y corderos–, los diversos vendedores de pieles siguen avanzando, ingeniándoselas para mezclar cuero y piel, sintéticas y auténticas. Los del otro bando, entre tanto, aerosol en mano, esporádicamente enrojecen los sacos de chinchilla de las señoras neoyorquinas que se atreven a marchar por la 5ª Avenida con semejante atuendo, o, en España, un grupo de activistas suelta varios miles de visones de un criadero, algunos de los cuales murieron atropellados en la ruta y otros contribuyeron al alterar el equilibrio de la zona al devorarse perdices, codornices y otras aves. La Asociación Alternativa de Liberación Animal se plantó frente a Pielespaña con esta propuesta: "Si la piel es tu pasión, arráncate la tuya". Ciertamente, los ecologistas han conquistado el respaldo de los jóvenes en general, pero en términos de facturación, en esa feria se alcanzó un record de ventas de pieles naturales respecto de años recientes. La guerra continúa y para los defensores de los animales incluye el maltrato que se les propina a estas criaturas en la fabricación de cosméticos.

recelos



TALK SHOW POR MOIRA SOTO

Uno de los extraordinarios tormentos del amor, según Jeanne Moreau, los celos son democráticos y atacan a todo el mundo, aunque han sido estigmatizados como enfermedad burguesa: basta el dato de que, se calcula, uno de cada cinco crímenes es de orden pasional, es decir motivado por los celos o el abandono (suelen ir en yunta), casi siempre cometidos por varones, y tanto víctimas como victimarios pertenecen a las distintas clases sociales.

Se habla de celos salvajes, feroces, incontrolables; se dice de ellos que muerden, envenenan, enloquecen. El celoso es un monstruo que se engendra a sí mismo, definió Shakespeare en *Otelo*; para los celos no hay pasado ni futuro, lo que los motiva siempre está en presente, opinó Proust con la misma claridad con que reconoció: uno encuentra inocente el desear y atroz que desee el otro... Como quiera que sea, los celos devoradores, nacidos de y alimentados por el deseo enfermizo de la posesión absoluta del ser amado, no son bien vistos, por lo que el/la celoso/a tiende a negarlos, a ocultarlos en sociedad, en tanto que en la intimidad los justifica con mil protestas de amor.

Claro que no todos los que sufren el dolor lacerante de los celos son paranoicos sin remedio. Como Jeanne Moreau (*Los celos*, de Madeleine Chapsal, Emecé) hay quienes experimentan esporádicamente, inesperadamente esa embestida virulenta que provoca "una atroz sensación de violencia que te sacude de la cabeza a los pies, el cuerpo entero empieza a temblar, estás a punto de perder le conocimiento...".

Innumerables novelas, poemas, ensayos, piezas teatrales, films, óperas, canciones populares han sido –lo son aun– motorizadas por ese sentimiento que según Roland Barthes hace sufrir cuatro veces: por ser excluido, por ser agresivo, por estar loco, por ser vulgar... Sin embargo (Proust de nuevo), se asegura que los celos redoblan el amor. O demuestran que la pasión existe verdaderamente: "Titus está celoso, Titus está enamorado", deduce Racine en boca de Bérénice...

Esto es lo que se cree Nelly frente a los primeros celos de su marido Paul en el film *El infierno*, de Claude Chabrol. Esta obra maestra que se mete –y mete al público– en la mente de un paranoico, proviene de un proyecto que el director heredó de Henri-Georges Clouzot, a quien un infarto impidió completar un rodaje que había comenzado con Romy Schneider y Serge Reggiani, en 1964. Chabrol se entusiasmó con la idea de hacer vacilar, moverle el piso al espectador. De modo que repasó *Bigger than Life*, de Nicholas Ray, y sobre todo, *El*, de Buñuel, actualizó la historia y los personajes y se lanzó a la realización de *El infierno*. Título que no solo alude al dolor terrible del propio celoso, y al que provoca en la persona a la que quiere poseer en exclusiva, sino también a los siete círculos del Dante, que se comunican entre ellos formando una espiral. "Esa es la figura que traté de obtener", dice el realizador, "creo que lo logré a partir del quinto, porque previamente los círculos son más amplios (...), después de los dos primeros círculos, el tiempo se distorsiona (...) Traté de identificar al espectador con la locura del personaje, mostrar la posibilidad de que cualquier ser humano puede caer en la paranoia total". Pese a las penurias de su Nelly, Emmanuelle Béart (en la foto junto a Chabrol) disfrutó mucho de la libertad que le otorgó Chabrol, que estimuló la inventiva de la actriz, si cabe más bella que nunca en *El infierno*: "Es un personaje muy vivo, carnal, al que le gusta reír, la vida, el amor; que necesita ser amada, ser mirada. Tiene su lado exhibicionista, brilla especialmente cuando se siente admirada". Al comienzo, los celos de Paul son como una prueba de amor. Hasta que, sutilmente, se va produciendo el pasaje a la violencia, el descontrol, la locura del marido. Los estragos de los celos, ese monstruo que nace de sí mismo y desde esta ficción perturba al público, lo desliza hacia la ambigüedad, la confusión. Como dice Béart, "la inocencia se mezcla con la posible culpabilidad".

El infierno se proyecta en la Sala Lugones, del Teatro San Martín, el lunes 4 de marzo, a las 14,30, 17, 19,30 y 22, a $ 3 (100")



ARQUETIPAS POR J. P.

–¿Cris?, ¿te desperté?
–Son las ocho de la noche, nena.
–Tenés razón, disculpame, me acabo de levantar y perdí la noción del tiempo.
–¿De la siesta?
–¿Estás loca? Me acosté a la una de la tarde. No sabés, estuvo buenísimo, conocí un bombón de 22 con un tatuaje en el hombro que te daban ganas de morderlo.
–Supongo que no pudiste contenerte.
–Y, vos sabés, por cuatro días locos... lo malo es que tuve que compartirlo, ya sabés como soy de generosa.
–Me imagino, ¿y a quién le tocó el brazo derecho?
–Cuando te cuente te morís, tirá un nombre.
–...
–Está bien, te lo digo, con Pepe.
–¿Pepe? ¿Estuvo con vos? Si les tiene fobia a las chicas.
–Vos porque sos muy esquemática, hay que abrirse a nuevas experiencias.
–...
–Me moría por contarte. Resulta que hicimos un asado, a la noche, y como a las cinco de la mañana se nos ocurrió salir. Y bueno, caímos en un tugurio tan lleno de travestis que me echaban del baño.
–Lo único que te falta, una travesti.
–Nada que ver nena, eso es historia vieja, hace como un año que no me entrevero con una. Pero viste cómo es, donde hay travas hay gente de mentalidad abierta.
–...
–Cómo será que hasta Fernando se enamoró de una, él que es más ortodoxo que Chiche Duhalde.
–¿Lo llevaste a Fer?
–Y sí, tiene inquietudes, y yo siempre lista para mostrar nuevos caminos. Estuvo a punto de venirse con nosotros, arrugó en el último minuto. Lo malo fue Natalia con su escenita de celos turcos.
–Pero si hace como dos años que no estás con Nati.
–¿Y qué tiene que ver? Sabés cómo es ella, siempre dispuesta a ofrecer una mano amiga.
–Y vos siempre dispuesta a tomarla.
–Y sí, como están las cosas, hay que usar todos los recursos que tenés en casa. Ya no se puede ir ni a los boliches swingers, la entrada más barata sale 35 pesos. Claro que ahí tenés fiesta asegurada, la última vez que fui éramos como 15 en un reservado.
–Me impresionás, ¿no te cansás nunca?
–Cansarme, lo que se dice cansarme, no. Sí es verdad que cada vez es más difícil encontrar nuevas sensaciones.
–¿Qué tal enamorarte?
–Retroceder nunca, rendirse jamás.
–¿Me vas a decir que no te gustaría que te hagan unos mimos un domingo al mediodía?
–Sí, claro. Y después pasarte la vida pensando dónde está, si te quiere mucho, poquito o nada.
--Eso te pasa a vos porque no te podés relajar nunca.
--Bueno, Cris, te llamo para contarte una aventura y me querés analizar. No sabés cómo estoy, me duele todo el cuerpo, di más vueltas que una acróbata rusa.
--Y no sabés cómo vas a estar si seguís en esa vaina, un día de éstos te vas a llevar a tu casa a un serial killer.
--¿Te imaginás? Yo escapando desnuda del loco de la sierra eléctrica.
--Cortala, Matilde.
--Sí, cortemos mejor, se me hace tarde para ir a ver a Chabán a Cemento ¡Y justo hoy es la función nudista!